



Tema central **Partir**

Immigrants and Associations: A Global and Historical Perspective

Resumen

Este ensayo discute la definición de “asociaciones voluntarias” y los impulsos principales para la actividad asociativa de los inmigrantes recién llegados. Usando ejemplos de tipos de organización específicos, examina los factores que modelan la sociabilidad formal de los inmigrantes. El artículo analiza la composición de género y clase de los miembros, compara las prácticas asociativas de los inmigrantes de fines del siglo XIX con las de los inicios del siglo XXI, y discute el rol del Estado. Desde una perspectiva global e histórica, muestra cómo procesos cuasi-universales y especificidades locales y temporales moldean las prácticas asociativas en una forma que trasciende las tradiciones étnico-nacionales y las características de los grupos inmigrantes particulares y los países receptores.

Asociaciones voluntarias; perspectiva global e histórica; intensidad asociativa; continuidad pre-migratoria

Abstract

This essay discusses the definition of voluntary associations and the principal impetus for associational activities among immigrant newcomers. Using examples from specific types of organisation, it examines the factors that shape immigrants' formal sociability. The paper addresses the class and gender composition of memberships, compares the associative practices of the late 19th century's immigrants with those of the early 21st century, and discusses the issue of state involvement. The essay shows, from a global and historical perspective, how quasi-universal processes and local and temporal specificities shaped associational practices in a way that transcended the ethno-national traditions and characteristics of particular immigrant groups and host countries.

Voluntary Associations; Global and Historical Perspective; Associational Intensity; Pre-Migratory Continuity

Los inmigrantes y sus asociaciones: Una perspectiva histórica y global*¹

JOSÉ C. MOYA**

Tanto los observadores informales como los académicos han posado su atención sostenidamente en la predisposición de los inmigrantes a conformar asociaciones voluntarias. De un modo que no debería ser causa de sorpresa, la intensidad y ubicuidad de esta práctica generó un vasto corpus de estudios. Basándose en la literatura internacional sobre migraciones y asociaciones, este ensayo pretende resaltar las preguntas y cuestiones fundamentales del campo. En un principio discutiremos la definición de asociaciones voluntarias y los principales estímulos para las actividades asociativas entre los recién llegados. Luego proveeremos ejemplos de tipos específicos de organización (sociedades secretas, asociaciones de crédito, sociedades mutuales, grupos religiosos, asociaciones de los poblados de origen² y grupos políticos y activistas³) para examinar los factores que moldean la sociabilidad formal de los inmigrantes. A continuación, nos dedicaremos a la composición de clase y género de sus miembros. Inspirándonos en una bibliografía de diferentes partes del mundo, pero principalmente producida en las Américas, compararemos las prácticas asociativas de, por una parte, inmigrantes europeos del siglo XIX y principios del siglo XX, y por la otra, la llegada de asiáticos, latinoamericanos y africanos a fines del siglo XX y principios del siglo XXI.

Definición

Como en cualquier otro tema, la primera pregunta tiene que ver con las definiciones. La definición se remite a dos partes: “inmigrante” y “organización”. Voy a empezar con la segunda parte. ¿Qué es una asociación voluntaria? La respuesta es complicada por la multiplicidad de términos que se emplean en los diferentes trabajos: grupos privados, grupos de interés público, movimientos de base, organizaciones intermedias, asociaciones orientadas hacia algún objetivo específico, organizaciones basadas en comunidades⁴ y organizaciones sin fines de lucro.⁵ La definición más genérica identifica a las asociaciones voluntarias como organizaciones secundarias que existen en-

* Traducción: Hernán Vanoli. Edición: Daniel Fridman. Traducido de: Moya, José C. (2005) Immigrants and Associations: A Global and Historical Perspective. *Journal of Ethnic and Migration Studies*. 31:5, 833-864. DOI: 10.1080/13691830500178147

1 [N. del T.]: El artículo es la introducción a un número especial del *Journal of Ethnic and Migration Studies*. El autor hace referencia a otros artículos incluidos en esa edición. Esas pocas referencias fueron editadas en esta traducción como notas al pie para permitir una lectura independiente del texto. Véase *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5.

** Departamento de Historia, Barnard College.

2 [N. del T.]: *Hometown associations*.

3 [N. del T.]: *Advocacy groups*.

4 [Véase el artículo de Cordero-Guzmán en *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5]

5 [Véase el artículo de Chung en *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5]

tre los vínculos primarios de parentesco y los igualmente involuntarios ordenamientos de instituciones terciarias tales como el estado. Pero este espectro es demasiado amplio. Incluye a organizaciones globales como, digamos, Amnistía Internacional, y al mismo tiempo al coro de una escuela local. Además, ¿incluiría a sindicatos si la afiliación es obligatoria? ¿O a grupos locales y voluntarios vinculados a un partido político en sistemas de partido único? ¿O a aquellos que forman parte del aparato del estado en entornos más pluralistas? ¿Los partidos políticos son un subconjunto de las asociaciones voluntarias? ¿Las asociaciones religiosas conforman un “caso especial”, tal como argumentó Margaret Harris (1998), por las restricciones y prescripciones que operan sobre sus miembros, que no son comparables con aquellas de los grupos voluntarios seculares?

Tal como sucede con cualquier otra categoría social, la variedad, la hibridez y la excepcionalidad hacen difícil la elaboración de definiciones generales. En el caso de las asociaciones de inmigrantes, existe un problema específico en las definiciones, más con el primero que con el segundo término.⁶ Las asociaciones fundadas por inmigrantes pero cuya composición de sus miembros es mixta ¿deberían ser definidas como “organizaciones de inmigrantes”? ¿Y qué pasaría con aquellas fundadas por nativos pero cuyos miembros son en su mayoría inmigrantes? ¿Cuándo es que las “asociaciones de inmigrantes” dejan de ser “de inmigrantes”? ¿Cuándo son fundadas por la segunda o tercera generación, o cuando la mayoría de sus miembros empiezan a ser de estas camadas? En general –como ocurrió, por ejemplo, con las organizaciones judías en Estados Unidos– los académicos (y el público) finalmente empiezan a definir las como “étnicas” antes que “inmigratorias”, pero el punto en el que se produce este cambio en la definición no queda claro.

Otro desafío tiene que ver con la posibilidad de detectarlas. Muchas de las asociaciones secundarias en comunidades de inmigrantes, particularmente aquellas que se basan en el pueblo de origen o la pertenencia barrial, lindan con los vínculos primarios. ¿Pueden las asociaciones de “clan” o apellido de inmigrantes Chinos ser categorizadas como asociaciones secundarias por más que estén basadas en vínculos primarios? ¿Los grupos de paisanos o vecinos que se reúnen cada domingo durante décadas a conversar en un café, ir de picnic o jugar al fútbol en un parque público conforman una asociación voluntaria? Podrán no tener un salón ni estatutos escritos, pero la permanencia de las reuniones las hace cuasi-formales, y en los hechos funcionan

6 Tal como Schrover lo señala acertadamente en su artículo en esta colección. [Véase *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5]

como clubes recreativos. Aun si tuviesen estatutos formales, cuotas de socios y otras marcas propias de las asociaciones secundarias, es menos probable que los registros escritos de estas pequeñas asociaciones sobrevivan. En mi propio trabajo (Moya, 1998) encontré rastros de este tipo de asociaciones sólo porque eran mencionadas en la correspondencia familiar, o recordadas por los más viejos, o porque la hija de una secretaria fallecida hacía mucho tiempo conservaba los registros de membresía en un armario. El resultado es que los historiadores tienden a enfocarse en las organizaciones más grandes e institucionalizadas, particularmente en aquellas que tenían personería legal, se involucraban formalmente en política, o se relacionaban con el estado. Esto puede producir una imagen distorsionada porque las pequeñas asociaciones eran las que, por fuera de sus familias, de hecho representaban la forma más común de sociabilidad entre los inmigrantes. El problema no es simplemente histórico. Incontables artículos académicos y periodísticos fueron dedicados, por ejemplo, a la Fundación Cubano Norteamericana, muy visible por su actuación política, pero nada fue escrito, o al menos nada que yo sepa, sobre las asociaciones de los pueblos de origen, que son mucho más importantes (al menos en términos de la sociabilidad real de los inmigrantes).

Sin embargo, en términos de una definición de las asociaciones secundarias que lindan con las terciarias, la cuestión es realmente menos espinosa en los estudios migratorios que en los estudios académicos en general. Después de todo, las asociaciones de inmigrantes existen en un espacio más circunspecto que aquel de la “sociedad en general”. Es verdad que las “comunidades” de inmigrantes pueden llegar a estar bastante extendidas, que son transnacionales por definición, y que no son herméticas. Pero, sin importar cuán amplia sea su definición, son más acotadas que una sociedad completa o el mundo entero. Es menos probable que encontremos vastas organizaciones globales. Los grupos políticos tienden más a ser clubes locales, o a lo sumo federaciones nacionales, que instituciones como el (antiguo) Partido Comunista internacional o el (moderno) Partido Republicano de Estados Unidos, cuya categorización como asociaciones voluntarias es más problemática. Los sindicatos de raigambre étnica no eran tan comunes como otras formas de asociación entre inmigrantes y, cuando existieron, rara vez tuvieron la suficiente influencia para hacer obligatoria la afiliación. Las rupturas establecidas por la partida y la distancia con respecto a los centros de autoridad eclesiástica hicieron a las asociaciones religiosas menos normativas y más volun-

7 El hecho de que ninguno de los autores presentes en esta colección [Véase *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5] intente definir las asociaciones voluntarias no es fruto de un descuido conceptual. Todas las asociaciones a las que se refieren, incluyendo aquellas sin fines de lucro y políticamente activas del barrio coreano de Los Ángeles tratadas por Angie Chung, fácilmente se acomodan a la definición genérica que brindé más arriba. Aquellas que no lo hacen, como los bancos o los diarios, pueden ser subsumidas en la categoría más amplia de instituciones de inmigrantes.

tarias en la diáspora, haciendo al problema de categorización presentado por Harris menos significativo.⁷ Por lo tanto, aunque las tipologías que categorizan a las asociaciones de inmigrantes de acuerdo a sus funciones, tamaño, membresía, o conexiones con aquellos que aún están en la tierra natal o con políticos locales, proveen dispositivos heurísticos útiles, las búsquedas de una definición general más precisa que la que hemos mencionado arriba no suelen hacerlo.

Estímulos y orígenes

La cuestión que sigue a las definiciones en una secuencia lógica, pero probablemente precediéndolas en importancia, se refiere a los estímulos y los orígenes. ¿Qué propulsó la formación de asociaciones entre los inmigrantes? ¿Representan estas asociaciones fundamentalmente una continuidad de prácticas pre-inmigratorias o son prácticas nuevas que se adquieren en la sociedad que los recibe? Por mucho tiempo, la respuesta a esta pregunta pareció tan obvia que rara vez fue formulada en la historiografía norteamericana, que tradicionalmente produjo el grueso de los estudios migratorios. Desde que Alexis de Tocqueville observó en 1832 que “... en ningún otro país del mundo el principio asociativo ha sido más exitosamente utilizado... que en Estados Unidos” (1954, I, 98), cientos de académicos identificaron automáticamente ese principio con el individualismo pragmático y con los ideales de la democracia angloamericana. Los que llegaban del viejo mundo, fundamentalmente campesinos y aquellos provenientes de Europa del sur y del este, eran simplemente considerados como carentes de esos atributos. En su influyente estudio de 1958 sobre las sociedades campesinas de Italia del sur, titulado sin ambigüedad *The Moral Basis of a Backward Society* [Las Bases Morales de una Sociedad Atrasada], Edward Banfield echaba la culpa de esa carencia a lo que el llamaba “familiarismo amoral”. Este tipo de familiarismo supuestamente ubicaba un peso excesivo en los lazos primarios y en la maximización de “la ventaja material, a corto plazo, de la familia nuclear [asumiendo] que todos los demás harán lo mismo”, e inhibiendo la conformación de asociaciones secundarias. Banfield contrastaba esta situación con el vigor asociativo de los granjeros de un área similar en el sur de Utah. Las asociaciones voluntarias eran consideradas, por lo tanto, no solamente una peculiaridad estadounidense sino también particularmente modernas, y su aparición entre los inmigrantes debía reflejar la influencia del entorno que los recibía y la asimilación a lo que Max Weber llamaba “la tierra de las asociaciones por excelencia”.

Enunciado de esta forma directa, el argumento puede ser fácilmente desechado. Cuantiosas investigaciones confirmaron la amplia diseminación temporal y geográfica de las asociaciones voluntarias. Eran usuales en el antiguo Medio Oriente, Grecia, Roma, India y China (Kloppenborg y Wilson 1996; Ross 1976: 72 – 85; Smith 1997) y en Latinoamérica, Asia y África modernas (Hong 2001; Marks 1996; Tostensen *et al.* 2001; Wallerstein 1964); entre el campesinado supuestamente poco asociativo del Viejo Mundo (Baker 1999); entre los pescadores, aun más estereotipadamente sindicados como no asociativos (Van Ginkel 1996); y entre todos los tipos de grupos de emigrantes antes de que dejaran sus tierras natales (Baily 1999; Gabaccia 1988; Lyman 1974; Moya 1998; Soyer 1997).

En la década del '70, una nueva generación de académicos criticó la identificación tradicional de las asociaciones voluntarias de inmigrantes con la americanización llamándola “asimilacionista” e inducida ideológicamente. Pero este revisionismo, al igual que la vieja doxa que pretendía suplantar, también reflejaba el entorno ideológico predominante. Durante esa década, para cada vez más miembros de la academia norteamericana, Estados Unidos ya no representaban una república joven y dinámica sino un imperio racista y decadente, y el individualismo pragmático ya no era la piedra basal de los ideales democráticos sino la corporización de la codicia capitalista. El ascenso del estatus hermenéutico de términos como “etnia” y “comunidad” fue directamente proporcional al hundimiento del prestigio de términos como “*mainstream*” y “sociedad”. No sorprende que, en este clima, las asociaciones de inmigrantes empezaran a ser interpretadas como la continuación de prácticas comunales y étnicas pre-inmigratorias más que como el resultado de la americanización (Briggs 1978; Moromino y Pozzeta 1987: 175-6).

Aún así, despojada de las asunciones etnocéntricas o de los ímpetus revisionistas, la pregunta sigue siendo válida. ¿Qué estimula la conformación de asociaciones de inmigrantes y en qué grado las mismas representan nuevas prácticas e instituciones aprendidas y desarrolladas en la sociedad receptora? Decir que las asociaciones voluntarias pueden ser encontradas en muchos lugares y períodos no significa que fueran usuales todo el tiempo y en todas partes. En Estados Unidos empezaron a aparecer a mediados del siglo XVIII; proliferando entre los 1860 y el comienzo de la primera guerra mundial, estancándose hasta la década del '50, y declinando desde ese momento (Crowley y Skocpol, 2001.; Gamm y Putnam 1999). En Aus-

tralia aparecieron más tarde y el período de expansión duró más pero los patrones de desarrollo siguen a los de Estados Unidos (Keen 1999). Todo esto sugiere que su crecimiento podría, en efecto, estar conectado con una particular etapa de la modernización, y los estudios han demostrado una relación positiva entre niveles nacionales de desarrollo económico y actividad asociativa (Curtis *et al.* 2001).

El principal obstáculo para responder las preguntas sobre los orígenes reside en nuestros días en las limitaciones metodológicas antes que en las presuposiciones ideológicas. Durante mucho tiempo, dar por sentada la “excepcionalidad” norteamericana, la superioridad del nuevo país y el poder de asimilación del entorno, condujo a una carencia de interés académico en la experiencia de los inmigrantes antes de su llegada. Después de los sesentas la mayoría de esos supuestos fueron descartados por etnocéntricos. Pero por otras razones (falta de fondos para las investigaciones, limitaciones lingüísticas, la distancia de los viajes, etc.), la mayoría de los académicos tendió a iniciar sus estudios después de que los inmigrantes hubieran alcanzado su destino. Esta es una limitación importante porque, tal como argumenté en otros trabajos (Moya, 1998), el *background* pre-migratorio, los tiempos y el ritmo de las corrientes, y los mecanismos de migración afectan fuertemente la adaptación de los recién llegados a sus nuevos entornos. Enfocarse sólo en sus experiencias, en su lugar de llegada es perderse la mitad de la historia. Es tratar a los inmigrantes como *tabula rasa* y puede conducir a explicaciones que sobrevaloren el peso del nuevo ambiente y que se pierdan de posibles continuidades y adaptaciones.

A pesar de esto, al menos a simple vista parece imposible negar que el entorno de Estados Unidos estimuló las actividades asociativas entre los recién llegados. Un incontable número de estudiosos se encargó de subrayar ese punto. Incluso algunos se refirieron a esta tendencia como una “manía”. Durante su visita a Estados Unidos en la década de 1920, el académico italiano Giovanni Schiavo (1928: 55) observó que entre sus compatriotas “el deseo de formar sociedades mutuales de beneficio se convirtió en una verdadera manía”. Muchos años después, Alixa Naff (1985: 305) remarcó que los sirios, que previamente no eran asociativos, tendieron a organizarse en Estados Unidos “frenéticamente ... en cualquier momento dado el número de organizaciones estaba completamente fuera de proporción con respecto a su cantidad en Estados Unidos”. Stanley Nadel (1990: 110-11) se refirió a la “manía de formar *Vereine*” de los alemanes de Nueva

York. Los inmigrantes alemanes en Chicago formularon el mismo argumento en la forma de un dicho: “Pon tres alemanes juntos y en cinco minutos tendrás cuatro clubes” (Hofmeister, 1976: 114). Aforismos similares se repitieron en diferentes lenguajes a lo largo y a lo ancho de Estados Unidos.

Sin embargo, una mirada más amplia a la literatura académica internacional deja dudas sobre la significación específica del entorno norteamericano como estimulante para las actividades asociativas. La manía de sociedades mutuales de beneficio que Schiavo observó entre los italianos en Estados Unidos se muestra igual de fuerte en Francia (Bechelloni *et al.* 1995), Brasil (De Boni, 1987), Uruguay (Corredera Rossi, 1989) Australia (Boncompagni 2001), Canadá (Harney, 1984), y todavía de manera más intensa en la Argentina (Baily, 1999). Los sirio-libaneses también solían organizarse “frenéticamente” en todos los países recién mencionados (Abdulkarim 1996; Batrouney y Batrouney 1985; Cazorla 1995; Seluja – Cecin 1989; Truzzi 1997) y en Ecuador (Roberts 2000), México (Paéz Oropeza 1984) y Senegal (Boumedouha 1990). La manía con la *Vereine* observada por Nadel en la “pequeña Alemania” de Nueva York era igual de llamativa al menos en una docena de países más (sólo para tomar las primeras tres letras del alfabeto, ver Newton 1977 para Argentina, Müller 1994 para Brasil, Grams 2001 para Canadá, Blancpain 1974 para Chile). Ni siquiera los alemanes tienen el monopolio de este tipo de humor. En el sur de Brasil, los Issei tenían un dicho similar: “Dos japoneses hacen una asociación, y tres fundan un diario” (Maeyama 1979: 589).

¿Demuestra esto que los inmigrantes tenían realmente una tendencia desproporcionadamente alta a formar asociaciones? La única manera de responder a la pregunta con seguridad sería comparar la cantidad de asociaciones *per cápita* y la proporción de la población que las integraba entre una variedad de grupos de inmigrantes, entre sus compatriotas en su tierra de origen, y entre los no inmigrantes del país receptor. Metodológicamente, se trata de una tarea intimidatoria, particularmente si desea hacerse con grandes colectividades nacionales en espacios extensos, y no conozco a nadie que haya intentado llevarla a cabo. En mi propio trabajo (Moya 1998) solamente pude hacerlo de modo parcial en niveles locales. Contrasté la proporción de inmigrantes provenientes de seis poblados específicos en España que pertenecieron a asociaciones en Buenos Aires con la proporción de los que hacían lo mismo en las respectivas localidades de origen. Con excepción de uno, en todos los pueblos los

inmigrantes eran claramente más asociativos que sus coterráneos en los pueblos natales. La excepción era un pueblo industrial de Cataluña con una larga tradición en mutuales de trabajadores, participación cívica de las clases medias y activismo liberal, socialista y anarquista. Pero en este y en los otros casos, no pude medir el grado de participación inmigrante en organizaciones de la sociedad anfitriona, como sindicatos y clubes cívicos. Por otra parte, hay una posibilidad de que la mayor participación relativa de inmigrantes provenientes de las otras cinco localidades refleje diferencias sociodemográficas. Rara vez los inmigrantes eran representativos de sus localidades de origen. Especialmente durante las primeras etapas de las corrientes migratorias, tendían a ser de una procedencia social más alta, más educados, con mayor probabilidad de ser hombres, y más jóvenes que los que permanecieron en su lugar de origen. A medida que la corriente se tornó masiva, estas disparidades se hicieron más estrechas, pero esto no significa que hubieran desaparecido del todo, y no siempre pude eliminar estos sesgos en mis comparaciones.

La falta de comparaciones directas y mediciones, sin embargo, se compensa con la abundancia de evidencia indirecta en la bibliografía académica. La disposición a conformar asociaciones ha sido observada entre tantos grupos de inmigrantes y en tantos lugares que estas observaciones, tomadas todas juntas, representan mucho más que evidencia anecdótica, por más que los estudios individuales muchas veces no sean más que eso. La ausencia de chistes sobre hiperasociacionismo en los países de origen, y el hecho de que sean tan frecuentes en la diáspora, ofrece otro indicador de que, al menos si se los compara con los compatriotas que quedaron en casa, los migrantes exhibieron una alta tendencia a conformar y unirse en asociaciones voluntarias. Aun si hubieran existido en el lugar de origen, la “manía” por las asociaciones parece haberse desarrollado, en la mayoría de los casos, después de la migración. Además, el hecho de que las observaciones hayan sido realizadas en casi todos los países receptores explica que los estímulos para la actividad asociativa no podrían haber surgido del ejemplo proporcionado por la cultura cívica norteamericana, a menos que se argumente que esa misma cultura también existía en países como Senegal, Singapur y Surinam, por sólo usar una letra del alfabeto (Boumedouha 1990; de Bruijne 1979, Mak 1986). Los estímulos tampoco podrían haber provenido de tradiciones étnico-nacionales particulares. Pareciera más bien que a lo largo y a lo ancho del mundo los inmigrantes han sido vistos como grupos proclives a fundar numerosas organizaciones. Esto era verdad en el

caso de los inmigrantes alemanes, italianos y libaneses (tal como lo expusimos más arriba), y también en el caso de los chinos (Kuo 1977; Liu 1998; Mak 1986), españoles (Kenny 1961, 1962; Moya 1998), japoneses (Fukuoka 1937; Maeyama 1979; Morimoto 1999), judíos (Fausto 1995; Mirelman 1988; Soyer 1997; Weisser 1985), griegos (Clogg 1999), y todos los otros grupos que conformaron una diáspora extendida. Nuevamente, a menos que uno sostenga que todos estos grupos tan diversos compartían la misma inclinación a formar y a unirse en organizaciones, las alusiones a las tradiciones etno-nacionales no pueden explicar la habitualidad e intensidad del fenómeno.

Por lo tanto, el principal estímulo para la actividad asociativa no derivaba del *background* cultural de los inmigrantes o de los hábitos cívicos de sus anfitriones sino que tenía un origen más universal: el proceso migratorio mismo. Este proceso tiende a intensificar y agudizar las identidades colectivas basadas en constructos nacionales, étnicos o cuasi étnicos. Ser italiano en Italia, siciliano en Sicilia, o vasco en los Pirineos representa obviamente un modo de identificación mucho más débil que ser italiano en Toronto, Siciliano en Milán, o vasco en Montevideo. Dado que las sociedades anfitrionas casi nunca recibían inmigrantes de un solo origen, las identidades colectivas de los que llegaban eran intensificadas no solamente por contraste con la población nativa, sino también por contraste con el resto de los recién llegados. En la medida en que las asociaciones voluntarias, por definición, dependen de y articulan identidades o intereses colectivos, no es sorprendente que la migración haya estimulado su formación.

¿Significa esto que, como ya argumentó Raymond Breton hace tres décadas (1964: 204), y que como cita Vermeulen en su artículo aquí publicado, que “cuanto más diferentes son las personas de cierta etnia respecto de los miembros de la comunidad nativa, es más fácil que desarrollen sus propias instituciones”? La afirmación parece tan propia del sentido común que la mayoría de los académicos la aceptan como un axioma. Pero el sentido común puede llegar a ser el más engañoso de los sentidos, y es un mal sustituto del análisis comparativo. Los portugueses en Brasil (Pescatello 1970) formaron tantas asociaciones como los japoneses. Los españoles en Buenos Aires desarrollaron una estructura institucional más densa que sus vecinos italianos (Moya, 1998), y ellos, por su parte, superaron a sus compatriotas en Nueva York (Baily 1999). Obviamente, un grupo de inmigrantes necesita percibirse a sí mismo como diferente de la po-

blación anfitriona y de otros grupos para organizarse de manera separada. Pero a esto no le sigue lógicamente, y no hay evidencia para sostener esta tesis, que cuando más grande fuera la diferencia real o percibida “será más fácil que los inmigrantes desarrollen sus propias instituciones”.

La migración también engendró disrupciones que agregaron otro estímulo a las organizaciones secundarias. Nuevamente, no debería sorprendernos demasiado que las mismas se hallan gestado en situaciones en las que ni las instituciones tradicionales –como los grupos de parentesco o las iglesias parroquiales– ni las más nuevas –como el estado de bienestar, las compañías de seguros y las corporaciones– pudieran satisfacer necesidades sociales como el cuidado de la salud, el ocio y la camaradería. El funcionalismo ofrece aquí una explicación más perspicaz que los argumentos que se basan en la cultura cívica y política de los inmigrantes o de sus anfitriones.

Factores formadores

Si las prácticas cívicas de las sociedades receptoras no proveían los principales estímulos para la actividad asociativa entre los recién llegados, ¿podría decirse que al menos moldeaban las formas que tomaban estas actividades? Al igual que lo que ocurre con la pregunta sobre qué estimulaba la formación de asociaciones de inmigrantes, la primera impresión parece sugerir que el entorno de llegada actuaba como una aplanadora homogeneizadora. La similitud entre las prácticas asociativas de los inmigrantes en el mismo país es verdaderamente sorprendente. En su reciente libro sobre las sociedades judías en Nueva York, Daniel Soyer (1997: 43-4) escribió: “Las asociaciones de inmigrantes en Estados Unidos se parecían entre sí de forma tan notable que es difícil escapar a la conclusión de que eran en gran medida estadounidenses en su forma, si no es que también en su inspiración. Los requerimientos de afiliación, las estructuras de liderazgo, los beneficios, las actividades, aun en muchos casos sus nombres seguían una especie de patrón”.

Sociedades secretas

Sin embargo, una perspectiva comparativa y transnacional demuestra los límites de la americanización. Hasta la ojeada más rápida revela que las prácticas asociativas pre-migratorias influenciaron a las posmigratorias. Los chinos fundaron cantidades de sociedades secretas en San Francisco y en Nueva York pero sus vecinos alemanes no lo hicieron. Los alemanes, por su parte, fundaron docenas de clubs

de rifle en Buenos Aires, mientras que sus pares italianos y españoles, que eran mucho más numerosos, no se dedicaron a ese tipo de actividad. La *Cosa Nostra* italiana era tan visible en Chicago que se convirtió en cliché en la cultura popular y las películas de Hollywood. Pero si los aún más numerosos polacos de Chicago formaron sociedades secretas delictivas en su “Capital en América”, las mantuvieron tan secretas que los académicos no las encontraron (Pacyga 1991; Znaniecki Lopata 1967). Las continuidades están claras. Se demostró que los *tong* y las triadas secretas de los chinos emigrados descendían de los *hui* y *kongsis* de Fujian y Guangdong, las provincias sureñas que proporcionaban el grueso de los que partían de China (Ownby y Heidhues 1993; Wakeman 1972). Se demostró también que la *Cosa Nostra* y la “Mano Negra” derivan de la Mafia y la *Camorra* del *Mezzogiorno*, el origen sureño del 80 por ciento de los italianos que partieron hacia América del Norte (Arlacchi 1983: 63-4, 111-21; Nelly 1970).

Además de la clara evidencia de la continuidad pre-inmigratoria, la formación de estas sociedades secretas y criminales se relaciona con la sociedad receptora de una forma que tiene menos que ver con sus rasgos generales que con el relativo acceso de los inmigrantes a organizaciones lícitas, poder y estatus, y con la duración de su residencia y la temporalidad de las corrientes inmigratorias. Los italianos de Buenos Aires –la mitad de ellos provenientes del sur, pero, como demostró Samuel Baily (1999), más exitosos económicamente que sus compatriotas en Norteamérica– no fundaron su *Cosa Nostra*. Las antiguas *tong* chinas fueron mayoritariamente reemplazadas, desde los sesentas, por sociedades abiertas basadas en la participación plural antes que en el secreto y el “mandato despótico” (Wong *et al.* 1990); y las nuevas comunidades chinas en el interior de Estados Unidos no desarrollan clanes o sociedades secretas (Yehm 1989). Siguiendo a Robert Ernst, un historiador pionero de la vida de los inmigrantes en Nueva York, a su llegada los irlandeses más pobres se reunían en sociedades secretas en los condados durante mediados del siglo XIX (1949:122). Pero estas sociedades se tornaron tan poco frecuentes con el tiempo que se les pasaron a los estudiosos que vinieron después. En su trabajo sobre las mujeres inmigrantes a Estados Unidos, Hasia Diner solo alude en una oración a los clubes con basamento en los condados sin mencionar que eran secretos (1983: 121). Michael Funchion (1983) no menciona una sola de estas sociedades secretas en su largo libro sobre las asociaciones voluntarias de irlandeses en Estados Unidos.

Asociaciones de crédito rotativo

Las asociaciones de ahorro y crédito rotativos, conocidas en la bibliografía sociológica como *Roscas* (*rotating savings and credit associations*), representan otro tipo de organización que tiene menos que ver con las tradiciones pre-migratorias o con las características generales de la sociedad receptora que con los niveles de acceso a los recursos formales entre los recién llegados. Algunos académicos llamaron la atención sobre su rol positivo en la acumulación inicial de capital en el caso de inmigrantes que más tarde fueron prósperos empresarios (Chotigeat *et al.* 1999; Light y Gold 2000). Pero otros subrayaron que las *Roscas* no se desarrollaban como una alternativa preferible al financiamiento de los bancos, sino porque el crédito bancario era escaso o no estaba disponible, y que la práctica declinó a medida que el acceso a ese tipo de recursos aumentó. Michael S. Laguerre observó que los “sangués” haitianos en Nueva York tienen un alto riesgo de *default* y eran populares sobre todo entre inmigrantes indocumentados que no pueden acceder a la banca formal por no tener número de seguro social (1984: 99-102). Shelly Tenenbaum advirtió la decreciente popularidad de las sociedades de préstamo entre los judíos en Estados Unidos a medida que el acceso al crédito bancario aumentaba. En el plano internacional, los economistas argumentaron que las *Roscas* tienen un nivel muy alto de quiebra, y no representan una preferencia sino una respuesta mundialmente extendida de grupos sociales, particularmente los migrantes, ante su exclusión de los mercados de crédito (Besley *et al.* 1993). Ese fue sin dudas el caso de los migrantes internos en Soweto, donde cerca de un tercio de la población participó en las *Roscas* en los años del apartheid (Kramer 1975: 31-53).

Lizabeth Cohen sostuvo que, en general, los trabajadores inmigrantes en Chicago preferían hacer negocios con los bancos estadounidenses antes que con sus propias asociaciones de crédito, incluidos los bancos, cuando la opción estaba disponible (1990: 276). Pero esto refleja el hecho de que los bancos de los inmigrantes en Estados Unidos eran con frecuencia para operaciones pequeñas, cuasi-formales. La Comisión de Inmigrantes del Senado Estadounidense de 1907-09, por ejemplo, describía a los bancos de inmigrantes italianos como “agencias de empeño con dueños privados, agencias de trabajo, inmobiliarias, carnicerías y bares disfrazados de ‘banco’” (citado en Zucchi 1988: 104-5). Encontramos un caso muy diferente en América Latina, donde los bancos de inmigrantes eran grandes instituciones formales. Como en este caso lealtades étnicas e intereses económicos no esta-

ban en contradicción, los inmigrantes iban en masa a sus propias instituciones financieras. Además, la conformación temprana y el desarrollo de bancos de inmigrantes confiables desincentivó la existencia de *Roscas* y otros intermediarios. Los inmigrantes obtenían su crédito o bien de instituciones formales o bien informalmente a través de sus amigos, familiares o del infaltable “tío” que tenía un negocio, más que de esquemas semi-formales como los celebrados almacenes de los inmigrantes italianos de Toronto y Nueva York o las “cadenas sin fin” [*Mujin*] de los *Issei* de Los Ángeles (Fukuoka 1937: 31-5; Moya 1998 286-7). Las especificidades locales determinaban claramente la importancia relativa de las *Roscas*, pero las asociaciones en sí funcionaban en todas partes más o menos igual y esto tenía menos que ver con las tradiciones pre-migratorias o con las características de la sociedad receptora que con los mecanismos institucionales intrínsecos a este tipo de asociaciones.

Sociedades de Socorro Mutuo

Las sociedades de socorro mutuo son otro tipo de asociaciones cuyo modo similar de formación tuvo menos que ver con tradiciones pre-migratorias compartidas o con la influencia homogeneizadora de las sociedades receptoras que con las características básicas de este tipo de instituciones. En términos de vitalidad y número de miembros, al menos hasta la segunda guerra mundial, eran las asociaciones de inmigrantes con mayor importancia y las que estaban más extendidas. Se calcula que para 1910 alrededor de un tercio de los varones adultos en Estados Unidos pertenecían a una sociedad de socorro mutuo (Beito 2000). La proporción entre la población inmigrante en Argentina en esa época también era alta, y probablemente fuese más alta aún en Uruguay (Kruse 1994; Munck 1998). Al igual que con las otras asociaciones que discutimos, no fueron inventadas en las sociedades receptoras. Aun en su forma moderna, ya eran comunes en el viejo mundo, antes de que comenzara el éxodo masivos del segundo tercio del siglo XIX (van del Linden 1996). A mediados de siglo, el mutualismo se había transformado en el modo dominante de organización en el movimiento obrero europeo (Hopkins 1995; Morabito 1999; Turner 1994). Weintrob (1996) descubrió que a finales de siglo el número de trabajadores franceses que se había asociado a sociedades de socorro mutuo (2 millones) era cuatro veces mayor que los afiliados a sindicatos. Con frecuencia, esos trabajadores y artesanos europeos (con los tipógrafos como pioneros) fueron los primeros en fundar asociaciones de beneficio mutuo en el nuevo mundo. Antes de la aparición de la seguridad social pública y de los seguros priva-

dos otorgados por empleadores, estas asociaciones brindaban no solamente un espacio para la interacción social sino también una variedad de servicios materiales a millones de inmigrantes en todos lados. Como contrapartida de una cuota mensual que usualmente ascendía a un jornal de trabajo, los miembros recibían un rango de servicios que en algunos casos alcanzaba una dimensión tal que iba desde la cuna hasta la tumba: asistencia en los nacimientos, cuidado médico y hospitalario, remedios, seguro de desempleo y discapacidad, repatriación gratuita o admisión en asilos para ancianos en caso de indigencia, servicios de entierro y aun una parcela de tierra para ser enterrados entre otros paisanos. El rango de los servicios, sin embargo, dependía del tamaño y la riqueza de la institución.

Fueron las notables similitudes entre las sociedades de socorro mutuo de muchos grupos diferentes de inmigrantes en Estados Unidos las que condujeron a Soyer a preguntarse si este patrón obedecía a un “modelo norteamericano”. Pero yo también me asombré con el parecido entre las sociedades de socorro mutuo de una variedad de grupos de inmigrantes en la Argentina y con las similitudes entre ellos y los inmigrantes en Brasil, Estados Unidos, Cuba y otras sociedades receptoras. Claramente, estas similitudes no pudieron haberse producido por las influencias de tantos países tan diferentes entre sí. Dado que estas organizaciones funcionaban sobre las bases de principios económicos comunes (que uno se ve tentado a llamar “universales”), simplemente tenían que enfrentarse a desafíos similares y desarrollarse de maneras parecidas en casi todas partes. Su supervivencia y éxito dependía de reglas básicas, y en alguna forma contradictorias. En un nivel funcionaban sobre el mismo principio que las compañías de seguros: solo las que eran relativamente grandes podían proveer un amplio espectro de servicios y sobrevivir. Tres o cuatro miembros enfermos podían consumir los fondos sociales de una sociedad de cien miembros. Un mínimo error de cálculo actuarial podía acabar con su patrimonio. Las pequeñas asociaciones no podían acumular capital ni conseguir los recursos organizacionales para construir hospitales, clínicas y asilos. Al mismo tiempo, las sociedades de socorro mutuo tenían que sobreponerse a lo que los teóricos de la opción racional llaman “la tragedia de los comunes” o, más comúnmente, “paradoja del *free-rider*” (Hardin 1968; McCay y Acheson 1987). Si cada miembro ganaba el máximo gracias a minimizar sus contribuciones y maximizar sus beneficios, ¿cómo podían las asociaciones aumentar, o al menos preservar, los fondos comunes? En la medida en que las sociedades permanecieran como grupos pequeños

e integrados, la presión del grupo podía haber sido suficiente para evitar que los asociados se guiaran solo por su conveniencia. Mientras se hicieran más extensas y menos íntimas, se hacían necesarios mecanismos más formales para prevenir la codicia individual, el abuso o el fraude de los recursos de todos.

Las sociedades exitosas desarrollaron estos mecanismos. Como las aseguradoras médicas en nuestros días, conformaron comités que verificaban la necesidad de ciertos servicios, presionaban a los médicos para restringir la prescripción de tratamientos “superfluos” (como baños de vapor), pedían recibos autorizados para los reembolsos, e investigaban aquellas reclamaciones médicas o de discapacidad que podían ser fraudulentos. Las visitas a los miembros enfermos ofrecían algo más que simpatía. También servían para verificar que aquel que recibiera asistencia estuviera realmente enfermo o herido. Las asociaciones muchas veces negaban la entrada de los candidatos que superasen una cierta edad, o no permitían ciertos tratamientos (por ejemplo partos o cirugías) para aquellos que no hubieran sido miembros desde hacía una determinada cantidad de tiempo. Además, en la medida en que las sociedades de socorro mutuo aumentaban su control sobre los intereses personales y la codicia de sus socios, también encontraban las maneras de beneficiarse del altruismo personal y colectivo. Reservaban cierto tipo de servicios (por ejemplo pensiones y repatriación) para los miembros necesitados que podían probar su indigencia, remuneraban a sus directores con prestigio social antes que con dinero, y empleaban ese mismo mecanismo para conseguir el legado de los benefactores fallecidos y donaciones o préstamos a bajos intereses de parte de grandes consorcios y bancos de raigambre étnica.

Es así que estas asociaciones funcionaban de manera similar en todos lados y las variantes tenían más que ver con las especificidades locales que con la diversidad de las tradiciones étnico-culturales o las diferencias en los países receptores. En pequeñas comunidades de inmigrantes o en pequeños pueblos, las sociedades de socorro mutuo tendían a organizarse sobre las bases de lealtades nacionales o incluso pan-étnicas, debido a que el tamaño de los grupos no hacía viable las asociaciones basadas en identidades regionales o subnacionales. Por las mismas razones, tendían a ser multifunción, actuando también como asociaciones patrióticas, clubes sociales y recreativos, y grupos de activismo. Por otra parte, en grandes comunidades urbanas de inmigrantes con frecuencia también se forma-

ban por grupos sub-étnicos y se hacían más especializadas, mostrando lo que los académicos identificaron como un signo de modernización institucional: la transición desde la multi-funcionalidad a la especialización (Ross 1976; Smith y Freedman 1972). En parte esto reflejaba justamente el éxito de las sociedades de socorro mutuo como instituciones proveedoras de servicios. A medida que se extendían y que se hacían más formales e impersonales, perdieron atractivo como espacios de convivencia y compañerismo y como facilitadoras de lazos íntimos con vecinos y coterráneos, alentando la formación de asociaciones más pequeñas para suplir esas necesidades. Ya que el éxito de las sociedades de socorro mutuo dependía de su habilidad para atraer el mayor número posible de afiliados, no podían permitirse perder miembros potenciales. Comprometerse en debates políticos o religiosos propios del país anfitrión o del lugar de origen con frecuencia provocaba divisiones y llevaba a la decadencia. Por lo tanto, las sociedades de socorro mutuo más grandes tendían a mantenerse alejadas de cualquier credo que no fuera un muy leve patriotismo, algo que las preparaba deficientemente para actuar como organizaciones políticas o ideológicas. Otra vez, esto reflejaba la naturaleza de las instituciones antes que los rasgos característicos de los inmigrantes o del ambiente que los recibía.

Asociaciones Religiosas

Las asociaciones religiosas representan una expresión de la diversificación institucional. Eran menos comunes y estaban menos extendidas que las sociedades de socorro mutuo pero unos pocos factores específicos aumentaban su presencia en situaciones particulares. Tal como Floris Vermeulen revela en su artículo de esta edición, uno de esos factores era la distancia entre la religión de los grupos de inmigrantes y la de la sociedad receptora. Las asociaciones religiosas eran más comunes e importantes para los turcos musulmanes y los indo-surinameses hindúes en Ámsterdam que para los cristianos afro-surinameses. La conversión a un credo activista, como los cristianos evangélicos, puede proveer otros estímulos (este fue de hecho el caso de las pocas organizaciones religiosas fundadas por los afro-surinameses). Lo mismo puede decirse de la conversión hacia vertientes más tradicionales de otras religiones. Un buen ejemplo sería el de los coreanos cristianos (Kwon *et al.* 2001) y el caso de los vietnamitas cristianos.⁸

8 [Véase el artículo de Irene Bloemraad en *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5]

Sin embargo, una revisión de la bibliografía académica indica que la conexión entre la religión y la identidad étnico-nacional representa-

ba el estímulo más importante para la organización religiosa entre los inmigrantes. El peso específico de la religión en la identidad nacional en términos generales y en la vida asociativa en la diáspora de italianos, españoles, alemanes, polacos y católicos irlandeses ilustra este punto. En los respectivos países de origen, la influencia del catolicismo en la identidad nacional varió significativamente durante el período de la emigración masiva. A pesar de la retórica de la Iglesia, ni la identidad nacional de los italianos ni la de los españoles, particularmente en los niveles populares, tenían mucho que ver con el catolicismo. El nacionalismo italiano había nacido durante el *Risorgimento* como parte de la lucha por la unificación, cuyo acto final fue en realidad una victoria por sobre el Papado. En España, para el siglo XIX, las narrativas sobre la defensa de la fe durante la Reconquista, Lepanto y la contrarreforma habían perdido su actualidad aun en las definiciones oficiales de lo nacional y eran menos importantes todavía en la cultura popular. En esta, el anticlericalismo con frecuencia triunfaba sobre la fe, particularmente entre los hombres y, con la excepción del País Vasco, en las regiones donde la emigración era más densa (Cruz 1997). En Alemania, el catolicismo no formó parte del nacionalismo oficial, pero diversos historiadores demostraron que fue el factor clave en la identidad alemana del sur. Ronald Ross (1998) argumenta que esta minoría católica (que representaba solamente un tercio de la población total) frustró el *Kulturkampf* de Bismarck. La resistencia contra la hegemonía protestante de los prusianos fue adquiriendo la intensidad de una lucha anticolonial similar a la de los irlandeses. De acuerdo con Oded Heilbrunner (2000), las asociaciones católicas (*Vereine*) “jugaron un rol sumamente importante” en esta lucha y en fomentar una modalidad de separación cultural y social que él mismo llama “el ghetto católico”. Los casos polaco e irlandés son más simples. Tal como argumenta Brian Porter (2001) en un artículo reciente titulado sin ambigüedad “La Nación Católica”, la identidad nacional de los polacos está inextricablemente unida a su fe en la Iglesia Católica Romana de Occidente, existió en oposición a la Rusia ortodoxa, la Prusia protestante y, con resultados más tristes, al judaísmo local.

El comportamiento asociativo de estos grupos en la diáspora reflejaba más estos rasgos pre-migratorios que las características del entorno de recepción. Muchos estudios dejaron de lado la centralidad de la Iglesia Católica en la vida de los inmigrantes irlandeses desde Nueva York a Nueva Zelanda (Clarke 1993; Dolan 1975; Fraser 2002; Metress 1995). En el caso prototípico de Boston, Donna Merwick (1973: x)

describió su catolicismo como “jansenístico, atado a un modo de vida pueblerino, nacionalista y militantemente anti-protestante”, y lo opuso a la teología moderada de los clérigos yanquis que administraron las diócesis durante gran parte del siglo XIX. Eventualmente, los irlandeses se hicieron tan dominantes en la Iglesia Católica Romana de Estados Unidos que los inmigrantes polacos se burlaban modificando el mote oficial de la iglesia como “La Santa, Única, *Irlandesa* y Apostólica”. El rol central del catolicismo, tanto en la afirmación de identidades étnicas o nacionales y en la formación de instituciones, también fue bien documentado para los polacos y alemanes en Estados Unidos (Dolan 1975; Galush 1977; Greene 1975; Kuzniewski 1980; Parot 1981; White 1980).

El caso de los italianos es más discutible. Silvano Tomasi (1975) y Gianfausto Rosoli (1982, 1991) describieron a la iglesia como “la institución más relevante” en las vidas de los inmigrantes italianos en América del Sur y del Norte. Pero estos dos académicos son Escalabrinianos practicantes. Su pertenencia a la orden fundada en el siglo XIX para pastorear a los migrantes italianos pudo haberles proporcionado una mirada especial hacia el rol de la religión en las vidas de los inmigrantes pero también un exagerado sentido de su importancia general. Seguramente para los miles de inmigrantes a los que ha ayudado y continúa ayudando, la Iglesia puede ser efectivamente la institución más relevante. Pero casi todos los demás estudiosos concuerda que su rol fue un tanto menor para el resto de los inmigrantes. En su trabajo fundacional sobre Buffalo, Virginia, Yans-McLaughlin (1977) sostiene que, contrariamente al caso de los irlandeses, la iglesia jugó un rol débil en la vida institucional de los inmigrantes italianos. En un número especial de *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (una revista de hecho respaldada por los Escalabrinianos) dedicado a religión e inmigración en la Argentina, todos los autores llegaron a conclusiones similares. Néstor Auza (1990) contrastó la apatía apostólica de los italianos con el fervor y activismo de los irlandeses. Daniel Santamaría (1990) hizo observaciones similares y describió cómo los esfuerzos pastorales de la Iglesia eran boicoteados por los sectores seculares o anticlericales que dominaban la mayoría de las instituciones italianas. Fernando Devoto (1990) cuestionó la equiparación habitual entre los inmigrantes italianos y el anticlericalismo, pero sólo para producir un retrato más matizado que le concede a la Iglesia una influencia limitada en la vida institucional de la comunidad. Carina Silberstein (1991) también muestra la limitada importancia de la Iglesia entre los italianos

en Rosario, Argentina. Otros se han dedicado a remarcar el rol similarmente leve que la Iglesia jugó en las asociaciones de inmigrantes españoles en Argentina, Cuba y México (Kenny 1961, 1962; Moya 1998: 287-8).

Un punto crítico es que en la relevancia de la Iglesia en la vida asociativa de los inmigrantes resonaba su importancia como marca de etnicidad, y particularmente como la corporización de la redención étnico-nacionalista antes que como la diferencia religiosa entre los que llegaban y quienes los recibían. En el Brasil católico, Frederick Luebke (1987: 35-47, 61) concluyó que “las iglesias de los inmigrantes [católicos] rápidamente se convirtieron en las instituciones más importantes entre los alemanes brasileños”. Lo mismo ocurría con los polacos en el sur de Brasil (Gardolinski 1977). En la igualmente católica Buenos Aires, la pequeña comunidad irlandesa fundó más asociaciones católicas que los italianos y españoles, que eran cincuenta veces más numerosos (Moya 1998: 287).

La religión también propulsó la formación de asociaciones separadas al interior del mismo grupo nacional. Aunque las asociaciones pan-alemanas existían, los alemanes protestantes, los católicos y los judíos tendían a desarrollar organizaciones propias, particularmente en lugares donde eran numerosos (Hofmeister 1976; Lowenstein 1989; White 1980). La distancia y animosidad religiosa, sin embargo, podía llevar a la segregación asociativa aun en lugares donde el grupo nacional de inmigrantes no era particularmente grande. Los libaneses en Senegal, por ejemplo, crearon organizaciones Shi’a, Sunni y Maronitas por separado (Boumedouha 1990; Zinder 1967). Los dos factores –el tamaño del grupo de inmigrantes y el grado de la separación religiosa interna– podían actuar también en conjunto. Al igual que la pequeña comunidad ucraniana en Toronto a principios del siglo XX, los judíos y los cristianos ortodoxos formaron instituciones separadas, pero los bizantinos y los católicos de rito latino tendieron a mezclarse (Yawrosky Sokolsky 1985).

En otros casos de aparente segregación religiosa es realmente difícil determinar la relevancia de este factor. La religión es solo una entre muchas posibles marcas de etnicidad, y no siempre la más importante. El artículo de Vermeulen en este número del *JEMS* nos provee de un caso en este sentido. ¿Qué tan importante eran el hinduismo y el cristianismo en la segregación asociativa de los Indo y Afro-Surinameses en Ámsterdam? Después de todo, los miembros secula-

res o no practicantes de ambos grupos también pertenecían a asociaciones separadas.

Asociaciones de los poblados de origen

En los casos anteriores, la separación asociativa al interior de un grupo nacional resultaba de identidades supranacionales (religión, o religión y raza en el caso de los surinameses). Pero las identidades supra y sub-nacionales pueden superponerse. Por ejemplo, los católicos alemanes formaban sus propias asociaciones también basadas en sus identidades regionales como sureños o como bávaros. Los vascos en argentina fundaron asociaciones que eran subnacionales (para aquellos de las cuatro provincias vascas de España) pero también supranacionales (para los de etnia vasca fuesen españoles o franceses) (Moya 1998: 318-21, 328-9). Los esclavos africanos en Cuba a comienzos del siglo XIX fundaron *cabildos de naciones*, los cuales, a pesar del nombre, no eran nacionales ni subnacionales, en la medida en que precedieron a la formación de los estados nacionales en África. Estas asociaciones congregaron las primeras –y segundas– generaciones de esclavos de acuerdo al lenguaje y lugar de origen o la “tribu” (Howard 1998).

En algún sentido, los *cabildos de naciones* ejemplificaron el fenómeno que los estudiosos de la diáspora italiana han llamado *campanilismo*. Es cierto que, al menos después de 1860, los italianos venían de un estado-nación y los esclavos africanos no. Pero tal como lo dijo una vez Gramsci, “el pueblo italiano” era “sólo una expresión retórica” aun mucho después de la unificación política de la península. En este caso la diferencia pudo haber sido más formal que real. Los poblados africanos pudieron no haber tenido campaniles pero los *cabildos* de los esclavos congregaban de forma parecida a aquellos que provenían de un área donde las campanas, o en su caso los tambores, podían oírse. Las asociaciones “campanilistas” de los inmigrantes, después de todo, se basaban con frecuencia en áreas socio-geográficas cuyos límites dependían más de accidentes naturales que de unidades administrativas y demarcaciones políticas.

La omnipresencia de estas asociaciones basadas en los poblados de origen es tan llamativa que a primera vista parecería que corporizan una ley universal y un apego primordial al lugar de nacimiento más que, como diría el lema, construcciones sociales históricamente condicionadas. Las sociedades campanilistas italianas florecieron en todos lados desde Boston a Buenos Aires (Briggs 1978: 146,161 [sobre

Kansas City, Utica y Rochester]; DeMarco 1981: 66-8, 114; Gabaccia 1988: 111, 136-8 [para Louisiana y Brooklyn]; Sturino 1990: 133-5 [para Toronto y Chicago]; Tricarico 1984: 7-8; Yans-McLaughlin 1977: 110-11, 130-1; Zucchi 1988: 92-4, 159). Los *cabildos de naciones* de los esclavos africanos en Cuba también aparecían, bajo nombres diferentes, en Brasil y en Jamaica (Nishida 1998). Los equivalentes *kejinkai* de los japoneses aparecieron en lugares tan lejanos entre sí como Hawái, California, San Pablo y Lima (Maeyama 1979, Morimoto 1999); y el *hui kuan* chino en las no menos diversas Seattle, Toronto, Vancouver, Sonora (México), Manila, Singapur, Camboya, Hong Kong, Roma y París (Johnson 1971; Lyman 1974: 17-22; Mak 1986; Marks 2000; Nyíri 2001; Ownby y Heidhues 1993: 82-5, 121, 137; Romero 2003; Tan 1972: 203-6; Thompson 1989: 71-83; Wilmott 1964; Wong *et al.* 1990). El fenómeno alcanzó tal intensidad entre los judíos askenazis de Nueva York, Chicago, Filadelfia, Buenos Aires, y, por qué no, de Israel, que *Landsmanshaftn* se convirtió en un sinónimo aceptado de “asociación de poblado de origen” en la bibliografía histórica (Dobkowski 1986; Klinger 1992; Lowenstein 1989: 105-6, 254; Mirelman 1988: 314,334-6; Soyer 1997; Weisser 1985; Zenner 1967). También aparecieron, bajo el nombre judío-alemán, entre los residentes no judíos del *Kleindeustchland* de Manhattan (Nadel 1990: 110-11, 116-17, 159) y –bajo diferentes denominaciones– entre inmigrantes y lugares tan diversos como los griegos en Boston, Nueva Zelanda y Toronto (Burnley 1970: 121-2; Douramakou-Petroleka 1985: 267; Treudley 1949: 49), libaneses en Detroit, San Pablo y Montevideo (Naff 1985: 307-8; Seluja-Cecin 1989; Truzzi 1997); Croatas en Steelton, Pennsylvania (Bodnar 1977: 111); sirios en Cedar Rapids, Iowa (Naff 1985:308); los filipinos y guatemaltecos de Los Ángeles (Almirol 1978: 74; Popkin 1995); ghaneses en Toronto (Owusu 2000); salvadoreños en Washington DC (Itzigsohn y Saucedo, 2002); migrantes igbo en Calabar, y migrantes igbo y yoruba en Kano, Nigeria (Morrill 1963; Osaghae 1998); haitianos en Nueva York (Laguerre 1984:63); y la lista podría continuar. Al parecer, ni siquiera el más famoso paladín del internacionalismo cosmopolita pudo resistirse al llamado de esta forma primaria y particularista de “tribalismo”. Al ingresar en la Universidad de Bonn en 1853, Karl Marx se sumó a la *landsmanshaft* de Trier, su ciudad natal (Weisser, 1985:14).

La similitud funcional de las asociaciones de los pueblos de origen refuerza la apariencia de un proceso universal, cuasi natural(izado). En todas partes, y aún más que cualquier otro tipo de instituciones de inmigrantes, su objetivo era preservar y mantener las conexiones

con el área de origen. Apoyaban todo tipo de proyectos cívicos en sus hogares natales, desde la construcción de cloacas hasta la renovación de campanarios –una tarea simbólicamente apropiada para las sociedades “campanilistas”. Pero ninguna era tan popular como el apoyo a las escuelas. En los pocos casos donde este tipo de asociaciones no mantenía vínculos con el lugar de origen, se debía a circunstancias excepcionales. Por ejemplo, las seis *Landsmanshaftn* polacas en Israel estudiadas por Kliger (1992: 109-19) no mantenían lazos con sus poblados después de la Segunda Guerra Mundial porque la población judía en Polonia fue prácticamente exterminada o escapó del país. Pero sí mantenían conexión con los paisanos residiendo en otros lugares de la diáspora. Lo mismo es cierto para las asociaciones de los poblados de origen de los refugiados cubanos en Florida, por la falta de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba y porque cualquier apoyo para los poblados tendría que ser canalizado a través del estado comunista. Pero aun en estos casos, como en muchos otros, las asociaciones publicaban periódicamente revistas con noticias sobre los lugares de origen y la comunidad en el país receptor y otros lugares de la diáspora. Las revistas seguían una fórmula similar en todos lados: anuncios de nacimientos, casamientos, ritos de pasaje (primeras comuniones, bar mitzvás, graduaciones, etc.), obituarios (que aumentan a medida que la corriente inmigratoria decae y las comunidades envejecen), noticias sobre llegadas y partidas y sobre “triumfos” de los inmigrantes, fotografías del poblado de origen y de los bailes y picnics organizados por la asociación, y poemas y cuentos nostálgicos de escritores aficionados. Fuesen judíos en Nueva York, Cubanos en Miami o italianos en Buenos Aires, el estilo y contenido de estas publicaciones no variaba demasiado.

La otra función principal de las asociaciones de los poblados de origen, tal vez aún más importante que la de preservar los vínculos con los lugares de nacimiento, era la de proveer, en el país de destino, un espacio para que el paisano pudiese reunirse, conversar, bailar, jugar y evocar. Las asociaciones organizaban bailes, conciertos, juegos, obras de teatro, picnics y celebraciones en el día del santo patrono del pueblo y otros feriados locales. En efecto, a pesar de su constitución formal, de sus regulaciones y estatutos, de sus oficinas con títulos pomposos, y de toda la parafernalia de asociaciones secundarias, algunas de estas sociedades localistas eran en algún sentido instituciones primarias ampliadas. Sus modestas salas (con frecuencia denominadas con palabras que se relacionaran con “hogar” o “morada”) intentaban recrear la atmósfera de las aldeas del Viejo Mundo

en las metrópolis del Nuevo Mundo. Era en estos “hogares” donde florecían romances entre coterráneos, donde los solteros jóvenes recién llegados superaban la soledad, donde los inmigrantes más antiguos satisfacían sus ambiciones de liderazgo, donde las matronas arreglaban las uniones maritales entre paisanos y las nuevas generaciones de inmigrantes.

Si la sorprendente ubicuidad de las asociaciones de los poblados de origen las hace aparecer a primera vista como la realización de un fenómeno primordial y universal, una mirada más cercana revela diversos patrones históricos y geográficos. Estas asociaciones eran más proclives a aparecer en grandes comunidades urbanas de inmigrantes, donde las llegadas desde diversas localidades eran lo suficientemente numerosas como para hacer viables este tipo de organizaciones. Por ejemplo, a diferencia de la mayoría de sus compatriotas en cualquier otro lugar, los pocos chinos y españoles de Detroit imitaron a sus vecinos irlandeses y polacos y fundaron solo organizaciones pan-étnicas (ver Brown 1975: 27-43, 52-81, 93-100 para los irlandeses, polacos y chinos respectivamente; Rueda 1993: 98, 233-4 para los españoles). Cuando las asociaciones localistas aparecían en comunidades más pequeñas o rurales, por ejemplo los japoneses en la región cafetera de San Pablo o en las plantaciones azucareras de Hawai, los inmigrantes tendían a provenir de solo unas pocas localidades (Lone 2001). Temporalmente, las asociaciones de los poblados de origen tendían a preceder, o a aparecer simultáneamente con organizaciones basadas en la nacionalidad en casos como los de los chinos y los japoneses, donde la corriente emigratoria se originaba solo en unas regiones específicas (Maeyama 1979; Mak 1989; Marks 2000; Wilmott 1964); y a surgir más tarde cuando el flujo se originaba en focos separados al interior del país emisor (Moya 1998; Owusu 2000). También variaba la unidad sobre la que las asociaciones se asentaban. Los migrantes chinos, sirios e igbo formaban clanes sub-locales, organizaciones por apellido o lazo sanguíneo que también podían ser supra-locales dado que a veces atravesaban los confines de la aldea o incluso regionales, pero ninguno de los otros grupos mencionados en los párrafos precedentes llegó a hacer esto (o al menos, en la bibliografía no se menciona que lo hayan hecho).

A pesar de su sorprendente ubicuidad, la práctica de agruparse en asociaciones de los pueblos de origen ni siquiera fue universal. Podría compilarse una larga lista de inmigrantes que no se organizaban en torno a sus lugares natales. Los vascos en Bakersfield –equidis-

tantes de los filipinos “campanilistas” y de los japoneses de Salinas y Los Ángeles– y sus coterráneos en Buenos Aires –vecinos de los pueblerinos gallegos españoles– no conformaron este tipo de asociaciones, ni tampoco lo hicieron los vascos en cualquier otro lugar de su diáspora (Douglass y Bilbao 1975; Moya 1998; Paquette 1982). La práctica parece igualmente extraña entre los británicos y franceses que migraron al otro lado del océano. Los estudiosos de estos dos grupos de emigrantes no dicen explícitamente que no hayan formado este tipo de asociaciones, nunca las mencionan en sus trabajos. En su estudio de las sociedades fraternales en Australia, Green y Cromwell (1984) mencionan fraternidades inglesas e irlandesas, pero ninguna se basa en el condado o la aldea de origen. En *Invisible Immigrants: the Adaptation of English and Scottish Immigrants in Nineteenth-Century America* [Inmigrantes invisibles: la adaptación de los inmigrantes ingleses y escoceses en el siglo XIX en Estados Unidos] de Charlotte Erickson (1972), las asociaciones localistas son aún más invisibles que los inmigrantes del título. En *The Forgotten Colony: A History of the English Speaking Communities in Argentina* [La colonia olvidada: una historia de las comunidades angloparlantes en la Argentina], de Andrew Graham-Yooll (1981), quedan tan olvidadas como la colonia, probablemente porque no existieron. Lo mismo ocurre en los estudios de británicos en Brasil (Freyre 1948), Perú (Harriman 1984) y Paraguay (Plá 1976); y sobre los franceses en este último país (Pitaud 1955), Argentina (Szuchman, 1980), y Australia (Stuer 1982, quien sólo menciona asociaciones con criterios amplios que también aceptaban canadienses francófonos, belgas y suizos). Las asociaciones de los poblados de origen también parecen haber estado ausentes en el caso de los ucranianos en Francia y Canadá (Anderson y Anderson 1962, Yaworsky-Sokolsky 1985), entre los polacos en Estados Unidos (Pacyga 1991; Znaniecki Lopata 1967), Argentina (Lucasz 1981), Brasil (Price 1951), Australia (Kaluski 1985) y Nueva Zelanda (Burnley 1970), y entre los mexicanos en Estados Unidos, al menos antes de las corrientes de Oaxaca y de Puebla de las dos últimas décadas (Amaro Hernández 1983; Griswold del Castillo 1979: 136-8; Lane 1976). Es cierto que en todos los casos citados mi argumento se basa en el silencio (la falta de mención de estos autores sobre las asociaciones de poblados de origen). Pero el silencio es demasiado consistente como para ser reflejo de insuficiente investigación de los autores. También es cierto que los grupos mencionados compartían un agudo sentido de identidad nacional o etnonacional, propulsado por arrogancia imperialista o resquemores

antiimperialistas. Tal vez fue esto lo que desalentó la formación de asociaciones sub-étnicas.

Grupos políticos

Si hablamos de política, las asociaciones de los poblados de origen tendieron a evitarla por la misma razón que las sociedades de socorro mutuo: su potencial efecto divisorio al interior de asociaciones que intentaban proveer apoyo mutuo y sociabilidad a grupos enteros antes que a aquellos con una inclinación política en particular. Las excepciones a la regla usualmente salían a la luz en casos como el de los exiliados cubanos anticastristas y nicaragienses antisandinistas de Miami, donde casi todo el grupo compartía las mismas visiones políticas, o al menos el mismo enemigo político. En estos casos, la política de los lugares de nacimiento podía teñir toda la estructura institucional del grupo sin que importe si las organizaciones eran explícitamente políticas o no. Sin embargo, dado que estos grupos habían escapado de sistemas políticos no pluralistas, sus chances de intervenir realmente en la política de sus países son limitadas. Tienen a retener la retórica de la liberación de la patria, y particularmente en las primeras etapas del exilio a pergeñar organizaciones conspirativas para conseguirla. Pero eventualmente las organizaciones de exiliados terminan intentado influir la política exterior del país receptor hacia a su país de origen antes que meterse directamente en la política interna de su país. En general, la política del país de origen tuvo un papel más importante en la vida asociativa de los exiliados políticos y de los grupos –como los irlandeses, polacos, ucranianos, vascos, armenios y kurdos– con aspiraciones etno-nacionales. (Anderson y Anderson 1962; Galush 1977; Metress 1995).

Entre los grupos de inmigrantes, las asociaciones relacionadas con la política de la sociedad receptora han sido tradicionalmente mucho menos comunes que las sociedades de beneficios mutuos y las culturales o recreativas. Esto fue en parte resultado de políticas de exclusión que van desde negar la ciudadanía a los recién llegados hasta formas más odiosas y permanentes de discriminación y hasta de represión. Reflejaba en parte también las prioridades propias de los inmigrantes, que colocaban el avance socioeconómico, la ayuda mutua, y la recreación y sociabilidad por encima de la participación en la política local, particularmente si sentían que esa participación no iba a darles beneficios tangibles. Por lo tanto, antes del desarrollo del estado de bienestar, el involucramiento de los inmigrantes en la política local tendía a ocurrir en sistemas de clientelismo, como las ma-

quinarias políticas municipales de las ciudades norteamericanas que brindaban patronazgo, trabajo y otros beneficios tangibles (Kantowicz 1975). En condiciones de mayor *laissez faire*, como en la Argentina y en Brasil antes de la Depresión, donde el estado no jugó un rol significativo en tanto proveedor de servicios, o como represor, los grupos de activismo de los inmigrantes solían tomar la forma de asociaciones patrióticas (De Boni 1987; Moya 1998). Estas organizaciones intentaban promocionar el prestigio nacional en la sociedad receptora más que pedir servicios o derechos específicos al estado. Dado que, a diferencia de las sociedades de socorro mutuo y los clubes sociales, las cuotas de membresía no daban derecho a obtener beneficios sanitarios o recreativos, estas organizaciones tendían a congregarse a la élite de los inmigrantes.

Otras variables críticas

Aunque todos los grupos de inmigrantes en el mundo fundaron al menos alguno de los variados tipos de asociaciones que describimos más arriba, el grado de densidad y completitud de su estructura organizacional variaba significativamente. Al igual que en otras cuestiones que examinamos, los factores determinantes no parecen relacionarse ni con las prácticas premigratorias de los que llegaban ni con la naturaleza de la sociedad receptora. El tipo de desarrollo institucional tampoco era resultado, como argumentó Raymond Breton (1964), de la mayor distancia cultural entre los inmigrantes y sus receptores. En lugar de estas, las variables críticas parecen ser el tamaño y la complejidad demográfica y socioeconómica de la comunidad inmigrante. Las comunidades de inmigrantes más pequeñas y más simples –como aquellas en los pueblos provinciales, las que estaban constituidas principalmente por jornaleros, o aquellas que eran relativamente homogéneas en términos de la ocupación de sus integrantes, como las colonias de trabajadores agrícolas o comerciantes– solían formar un espectro organizacional más estrecho aun si la participación era con frecuencia más alta que en comunidades más grandes (ver Almirol 1978; Barton 1975; Brown 1975: 93-100; de Bruijne 1979; Romero 2003; Seluja-Cecin 1989; también el artículo de Caponio en este número). Cuanto más grande, compleja y establecida hacía más tiempo estaba una comunidad inmigrante, más tendía a parecerse a la diversidad demográfica, socioeconómica e institucional de la población general. Dado que las etapas tempranas del flujo migratorio tienden a estar desproporcionadamente compuestas por hombres jóvenes (o por mujeres jóvenes en el caso del servicio doméstico o las enfermeras), los índices de masculinidad y los

patrones de edad con frecuencia están altamente desbalanceados. Sin embargo, el mayor equilibrio de género y edad de las etapas media y tardía del flujo migratorio, las usualmente menores tasas de retorno femenino, y el proceso de reunificación familiar tienden a emparejar los índices de masculinidad y la estructura etaria de las comunidades inmigrantes. Las comunidades más grandes y establecidas por más tiempo también tienden a adquirir una composición socioeconómica más compleja. La clase trabajadora se hace más diversa en tanto crece el acceso a posiciones mejor pagas y más calificadas. La clase media crece y se diversificaba a medida que los artesanos se transforman en hombres de negocios independientes, que los vendedores ambulantes y los pequeños comerciantes prosperan, y que el resto comienza a salir de los nichos ocupacionales de carácter étnico. En los casos más exitosos, aparece una clase alta que no solo es rica de acuerdo a los estándares de la comunidad, sino de los de la población general.

El extremo más alto en este espectro está ocupado por las comunidades de inmigrantes más grandes y de mayor data en las metrópolis –como los alemanes de Chicago, los italianos y españoles de Buenos Aires, y los judíos de Nueva York– cuyos miembros llegaron a cientos de miles y cuya diversidad demográfica y socioeconómica se emparejó con la de la población en su conjunto. Estas comunidades fundaron un amplio rango de instituciones que superó por lejos –en número, diversidad y magnitud– a aquellas de las comunidades de inmigrantes más pequeñas y menos complejas. Fundaron clubes de elite con una suntuosidad similar a los de los clubes más selectos de las sociedades receptoras, bancos cuyo capital muchas veces superaba al de sus competidores no inmigrantes, diarios cuya cantidad de lectores se acercaba a la de la prensa principal, hospitales cuyo tamaño y rango de servicios los convertía en instituciones prominentes de sus propias ciudades, sociedades de beneficio mutuo cuyos fondos y miembros con frecuencia superaban a sus contrapartes nativas. El tamaño y la amplitud demográfica de estas comunidades estimulaban la creación de jardines de infantes, escuelas primarias, orfanatos, ligas juveniles, academias vocacionales para chicas y muchachos, un amplio rango de sociedades artísticas, deportivas y recreativas, geriátricos y asilos para los mayores, clubes de mujeres de elite y de clase media, y otras asociaciones por el estilo. La diversidad ocupacional y socioeconómica tuvo un efecto similar. Alentó la formación de asociaciones étnicas de comercio, sindicatos, cámaras de comercio, uniones industriales, sociedades culturales (“elevadas”), logias

masónicas y grupos ideológicos cuyas perspectivas iban desde el anarquismo hasta el catolicismo ultramontano. El tamaño y la riqueza de la elite de inmigrantes estimulaban la formación de lo que los sociólogos han clasificado como “asociaciones instrumentales”, aquellas cuyo propósito declarado es servir a las necesidades de personas que no sean sus miembros. Y el deseo de prestigio social de las elites de inmigrantes para igualar el éxito económico recientemente adquirido convertía a esas instituciones caritativas y filantrópicas en asociaciones instrumentales y expresivas. La membresía exclusiva basada en el prestigio actuaba como un mecanismo de dotación de estatus que expresaba o servía tanto a las aspiraciones sociales de los inmigrantes que las formaban como a las necesidades de sus beneficiarios. La variedad de asociaciones no solo producía un grado de densidad institucional poco frecuente, sino que además estimulaba una tendencia hacia la especialización que ha sido descrita en la bibliografía sobre asociaciones voluntarias como una transición desde sociedades “pre-modernas” y multifuncionales hacia sociedades “modernas” y unificionales (Ross 1976; Smith y Freedman 1972).

Membresía

Esta tendencia hacia la diversificación institucional, especialización y cobertura, también impactaba en el tema de la membresía. Uno de los puntos más fuertes en el consenso de la bibliografía sobre asociaciones voluntarias es que, sin importar el indicador de estratificación socioeconómica que se utilice, y sin importar la sociedad que se examine, los grupos más bajos van a mostrar una tasa más baja de participación. En su clásico estudio sobre el asociacionismo en Estados Unidos, Murray Hausknecht (1962: 17, 111-125) descubrió que en la medida en que la educación, los ingresos y los niveles de empleo de cuello blanco decrecían, lo mismo sucedía con la membresía en asociaciones voluntarias. En su revisión de la bibliografía sobre este tema, Smith y Freedman (1972: 115-54) alcanzaron una conclusión similar, y lo mismo ocurrió con Lane (1976: 181-2) en su estudio de las asociaciones de los mexicano-americanos en San Antonio. Aun al interior de las asociaciones de la clase trabajadora, P.H. Gosden (1974: 13,46) y Mary A. Clawson (1989: 95-107) encontraron que los trabajadores más calificados y mejor pagos eran más proclives a sumarse a las sociedades fraternales inglesas y a los órdenes fraternales norteamericanos que los menos calificados y peores pagos. Es cierto que Jack C. Ross, en su indagación histórica, sostuvo que en las antiguas China y Roma las asociaciones voluntarias prevalecían entre las clases más bajas. Pero su aseveración de que esta evidencia fragmenta-

ria e impresionista de la antigüedad “puede ser tomada como una invalidación general de lo que es ampliamente aceptado como la generalización universal mejor fundada empíricamente en este área de estudio, que las clases más altas se correlacionan con mayor membresía” (Ross 1976: 100) parece demasiado aventurada. No sabemos si la membresía en las asociaciones de inmigrantes era más inclusiva en términos de clase y género que en sus contrapartes en las sociedades receptoras porque no hay estudios sistemáticos y comparativos sobre este tema. Sin embargo, está claro que la diversificación de la estructura organizacional de los inmigrantes amplió el espectro de la inclusión.

En un extremo de este espectro, los clubs sociales selectos, las sociedades de damas de beneficencia, las sociedades de ópera o alta cultura y grupos similares obviamente podían conferir estatus sólo a través de la exclusión. De acuerdo a sus estándares, el éxito era de hecho medido por el grado de exclusividad y las matrículas de entrada reflejaban esto. Los grupos patrióticos y de activismo buscaban ser inclusivos pero este objetivo se contrarrestaba por el hecho de que no proveían beneficios concretos a cambio de las cuotas de membresía, lo que hacía que los inmigrantes de la clase trabajadora se vieran desalentados a sumarse. Las grandes sociedades de socorro mutuo y los pequeños clubs sociales y recreativos como las asociaciones de los poblados de origen solían ocupar el otro extremo del espectro en términos de inclusión de género y clase. Las primeras, como vimos, dependían del pago de sus miembros para aumentar sus fondos comunes, expandir sus servicios e incrementar su propia seguridad institucional y actuarial, del mismo modo que las compañías de seguros. Por su propia lógica institucional, la única forma de exclusión que tenía sentido estaba basada en la proclividad de sus miembros potenciales a sobre-utilizar los servicios médicos, de discapacidad, o de otro tipo. Las pequeñas asociaciones sociales o recreativas, particularmente las de los lugares de origen o las regionales, intentaban incorporar al grupo entero y ofrecían un rango de actividades (celebraciones étnicas, fiestas, bailes, picnics, deportes y actividades recreativas) que atraían a familias, mujeres y hombres solteros, e inmigrantes de todas las edades y procedencia de clase. Las fotografías más comunes de las actividades de estas asociaciones raramente proveían evidencia del origen de clase de los miembros porque aun si fueran trabajadores manuales acostumbraban a vestir sus “galas de domingo”. Pero claramente mostraban una mezcla bien balanceada de hombres y mujeres de todas las edades (con una incrementada

presencia de chicos, y particularmente de gente mayor, a medida que la comunidad de paisanos envejecía). En mi propio trabajo (Moya 1998) descubrí que, aunque pequeños propietarios, profesionales y artesanos ya establecidos solían alzarse con el liderazgo de las asociaciones de los poblados de origen, la membresía incluía entre un 80 y un 94 por ciento de los inmigrantes provenientes de esas localidades específicas. Esta alta proporción sugiere que la intimidad y las conexiones cuasi-primarias de estas asociaciones pueden haberlas hecho las más inclusivas, en términos de clase y de género, de todas las organizaciones de inmigrantes.

Antes y ahora

Aunque las migraciones constituyen un proceso permanente en la historia humana, los movimientos masivos transnacionales y particularmente transcontinentales se concentraron en dos olas temporal y geográficamente distinguibles: la de 50 millones de europeos y 10 millones de asiáticos entre el final de las guerras napoleónicas y la gran depresión; y el éxodo mayoritariamente asiático, latinoamericano y africano de las últimas tres décadas. Este hecho plantea interesantes preguntas comparativas acerca de las asociaciones. En términos de la intensidad de la práctica, la propagación de instituciones estatales y privadas (no inmigrantes) proveedoras de servicios durante el último medio siglo, ¿condujo a una declinación en la actividad asociativa entre los nuevos inmigrantes? Sabemos que la participación general en asociaciones voluntarias declinó en los países industrializados durante las últimas cuatro décadas (Keen 1999, Putnam 2000). ¿Hubo una disminución general de esta práctica entre los recién llegados? Algunos académicos argumentaron que sí y el culpable puede verse con claridad en los títulos de sus trabajos (Beito 2000, *From Mutual Aid to the Welfare State* [Del socorro mutuo al estado de bienestar], para Estados Unidos; Green y Cromwell 1984, *Mutual Aid or Welfare State* [Socorro mutuo y estado de bienestar], para Australia).

Breton (1991) descubrió tasas mucho más altas de participación en asociaciones étnicas entre los grupos de inmigrantes más antiguos de Toronto (51% de los ucranianos y 63% de los judíos) que entre los que arribaron más recientemente (12% de los indios occidentales y chinos). Radecki (1979) también encontró porcentajes de participación relativamente altos (35%) entre los polacos, otro viejo grupo de inmigrantes en Toronto. Pero por otro lado, Owusu (2000) encontró una tasa aún más alta (60%) entre un nuevo grupo de inmigrantes en

la misma ciudad, los ghaneses. Estas cifras, sin embargo, no son totalmente comparables porque se refieren a comunidades de inmigrantes en diferentes etapas de su desarrollo. La única manera de contestar la pregunta con un mayor grado de certidumbre sería comparar la intensidad asociativa de un número significativo de comunidades de inmigrantes viejas y nuevas en forma diacrónica más que sincrónica. Desafortunadamente, estos tipos de comparación son casi inexistentes. Los pocos casos que existen (Foner 2000, por ejemplo) son revisiones más que estudios detallados y no tratan específicamente esta cuestión. De hecho, una de las debilidades más serias en los estudios migratorios es la falta de diálogo entre los académicos que estudian las corrientes anteriores a 1930 y los que se abocan a las posteriores a 1960. Como consecuencia de que el flujo migratorio más antiguo es estudiado por historiadores y el más reciente por sociólogos, antropólogos y politólogos, se ha dificultado la colaboración interdisciplinaria y se engendraron dos corpus académicos con vidas separadas.

Aunque tenemos poca evidencia de las tendencias participativas en general, una revisión de estos dos *corpus* académicos nos muestra una serie de cambios significativos. La expansión de los sistemas de seguridad social estatales y privados claramente desalentó la formación de las que solían ser las organizaciones de inmigrantes más comunes y expandidas. En efecto, las sociedades de socorro mutuo prácticamente no existen entre las nuevas comunidades de inmigrantes. Ninguno de los seis autores que en este número se dedican a los migrantes posteriores a 1960 las menciona (Bloemraad, Caponio, Chung, Cordero-Guzmán, Hooghe, Vermeulen). El término socorro mutuo (o beneficio, asistencia, ayuda mutua) continúa apareciendo pero ocasionalmente, como en las Asociaciones Vietnamitas de Asistencia Mutua mencionadas por Bloemraad. Pero se trata de títulos genéricos. Estas asociaciones no solo no confieren los servicios desde la cuna hasta la tumba que en el pasado proveían las sociedades de socorro mutuo, sino que ni siquiera cumplen con la condición *sine que non* de las sociedades de socorro mutuo: la contribución de cuotas individuales para un fondo común del que se asignan los beneficios para los miembros.

La tendencia en la fundación y afiliación en asociaciones de los poblados de origen es más difícil de detectar. Ninguno de los seis artículos sobre migrantes posteriores a 1960 menciona a este tipo de asociaciones, con la excepción de la referencia de Bloemraad a los

clubes sociales portugueses organizados según regiones. Itzigsohn y Saucedo (2002) mostraron que sólo el 20 por ciento de los salvadoreños, el 11 por ciento de los dominicanos y el 9 por ciento de los colombianos en Estados Unidos participó alguna vez en una asociación de su lugar de origen. Y en realidad esto podría representar una estimación demasiado alta, dado que la pregunta en el cuestionario estaba redactada de una manera que pudo haber sido malinterpretada por los inmigrantes como si la consulta fuera por su participación en asociaciones *en* sus poblados de origen. Orozco (2002) describió una membresía igualmente limitada entre los inmigrantes mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos. Por otra parte, detectó un resurgimiento de las asociaciones de poblados de origen mexicanas a mediados de la década del noventa. Nyíri (2001) notó un resurgimiento similar entre los inmigrantes chinos en Europa, y lo mismo hizo Owusu (2000) con los ghaneses en Toronto, donde tres cuartos de las asociaciones de este grupo estaban basadas en la localidad de origen y más de la mitad de los que llegaban pertenecían a una de estas asociaciones.

Gobiernos: allí y aquí, antes y ahora

Mucho más clara que las tendencias en la conformación y membresía de las asociaciones de los poblados de origen es el creciente activismo de los gobiernos de los países natales de los migrantes. Tradicionalmente, los gobiernos regionales y municipales seducían a estas asociaciones en la diáspora para obtener dinero y apoyo. Pero este tipo de activismo alcanzó un nivel alto en la última década. El resurgimiento de las asociaciones de los poblados de origen mexicanas en Estados Unidos que Orozco (2002) percibió a mediados de los noventa se debía directamente a que el gobierno federal y los de los estados mexicanos las apoyaba y alentaba. Estos gobiernos incluso empezaron un programa en el cual igualarían cada dólar donado por estas asociaciones para el mejoramiento de la infraestructura de la localidad de origen. Lo mismo ocurre con el resurgimiento de las asociaciones de los poblados de origen chinas en Europa, que han sido creadas con el apoyo de los gobiernos provinciales y actúan más como oficinas de negocios e inversiones que como clubes sociales (Nyíri, 2001). En Hong Kong, la conexión política entre los gobiernos provinciales y las asociaciones de los poblados de origen se hizo tan fuerte que a las autoridades fujianesas se les dio el crédito por la victoria electoral del DAB, el partido embanderado como pro-Chino (Ngok 2001). El control de estas asociaciones también forma parte de “la estrategia de China en Camboya”, como la llama Paul Marks (2001).

En otros casos, los gobiernos locales se transformaron en fuentes, más que en receptores, de financiamiento. Las inyecciones monetarias de los recientemente prósperos gobiernos regionales de España e Italia mantienen con vida a los que parecían ser asociaciones de regiones y poblados de origen moribundos en Sudamérica y Canadá.

En las sociedades receptoras, la creciente actividad del Estado y las políticas étnicas como mecanismo para la asignación de fondos públicos condujo a un incremento de los grupos de activismo étnico. Las organizaciones sin fines de lucro y políticamente activas de los coreanos en Los Ángeles, estudiadas por Chung (en este número) reflejan esta tendencia. Esta dirección también explica el rol positivo del gobierno en fomentar el asociacionismo étnico que Bloemraad encontró en su comparación entre los vietnamitas y los portugueses en Toronto y en Boston. Tal como Hooghe y Vermeulen presentan en sus artículos sobre Flandes y Ámsterdam, este movimiento no se limita a Norteamérica y los gobiernos receptores de hecho subsidian asociaciones étnicas (lo que también es el caso, como lo demuestra Bloemraad, de Canadá y de refugiados políticos como los vietnamitas en Estados Unidos). Otro rasgo nuevo, o al menos acrecentado, es el crecimiento de las ONG's que no son de inmigrantes pero sí funcionan como proveedoras de servicios. Es contundente que, como demuestra Caponio en su artículo, las asociaciones italianas pro-inmigrantes actualmente dominan a las asociaciones de inmigrantes en Italia. Esta situación es totalmente opuesta a la de la diáspora italiana, donde las asociaciones de inmigrantes sobrepasaban por lejos el número de instituciones propias de la sociedad receptora que respondían a las necesidades de los inmigrantes.

El argumento sobre si la intervención del gobierno desalienta o promueve la actividad asociativa entre los inmigrantes no puede por tanto ser respondida en términos de sí o no. La bibliografía académica demuestra que la respuesta solo puede ser histórica y situacional. Claramente, millones de inmigrantes a lo largo del mundo desarrollaron estructuras organizacionales impresionantes con escaso o nulo apoyo estatal que fuera más allá de garantizar la libertad asociativa. En estos casos, la imagen toquevilliana de asociaciones cívicas autosuficientes y auto-promovidas, cuestionada por Bloemraad y otros (Sockpol 1997), es en realidad bastante acertada. También está claro que el estado de bienestar y las aseguradoras basadas en el empleo desalentaron la conformación de sociedades de socorro mutuo al punto que ya casi han desaparecido. Aun así, el supuesto de que

esto representa una tendencia negativa se basa con frecuencia en la idealización toquevilleana de las sociedades de socorro mutuo. Pese a sus grandes logros en proveer seguridad y camaradería a millones de inmigrantes, deberíamos recordar que otros millones, y usualmente los más necesitados, nunca pertenecieron a una sociedad de socorro mutuo. También es evidente que el apoyo logístico y financiero del gobierno alienta la formación de organizaciones proveedoras de servicios y de grupos de activismo, y ayuda a la incorporación política. Pero la intervención del gobierno afecta poco o nada a la formación de grupos sociales y recreativos, que aún siguen representando la forma más común de asociación voluntaria en las diásporas. Además, mientras estas asociaciones atraen grandes números de inmigrantes y una intensa participación, aquellas patrocinadas por los gobiernos receptores o expulsos con frecuencia tienen que luchar para conseguir otras personas que no sean los líderes (Nyíri 2001; Orozco 2002).

Aun así, mientras que las asociaciones no-políticas continúan predominando en términos de número, membresía y participación, una tasa desproporcionadamente alta de los estudios académicos sobre las asociaciones de inmigrantes se concentran en la política, el empoderamiento, la movilización social y los proveedores de servicios no-inmigrantes.⁹ La atención académica a la política seguramente refleja la incrementada presencia del estado en los procesos, así como tendencias teóricas en la misma academia. Pero las prioridades de los estudiosos (y las de las elites inmigrantes politizadas que se hacen oír) no parecen coincidir con las de la mayoría de los inmigrantes, quienes continúan colocando a la sociabilidad y a la recreación por encima de la política y las movilizaciones. Tal vez la discrepancia es “puramente académica”. ¿Cuántos académicos prefieren realmente una reunión departamental antes que una fiesta, un picnic o un deporte con la familia y los amigos?

9 Los artículos en este número [véase *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31:5] nos proveen de un ejemplo. Hooghe subtituló su artículo “La estructura de oportunidades políticas para la movilización étnica”. Pero la mayoría de las asociaciones étnicas en Flandes ni siquiera se molestan en colocarse bajo el paraguas de grupos a través de los cuales se distribuyen los fondos del gobierno. Chung se dedica a las organizaciones sin fines de lucro formales y cuasi políticas. Pero estas organizaciones parecen atraer principalmente a los coreano-americanos ideológicamente conscientes de segunda generación o llegados en la adolescencia, educados en la sociedad receptora y conocedores del lenguaje de la política étnica norteamericana. La primera oración en el artículo de Bloemraad establece que “Las organizaciones juegan un rol clave en la incorporación política”. Pero los portugueses organizaban principalmente clubes sociales.

Referencias

- Abdulkarim, A. (1996) *La Diaspora Libanaise en France: processus migratoire et économie ethnique*. París: L'Harmattan.
- Almirol, E.B. (1978) "Filipino voluntary associations: balancing social pressures and ethnic images", *Ethnic Groups*, 2: 70-90.
- Amaro Hernandez, J. (1983) *Mutual Aid for Survival: The Case of the Mexican American*. Malabar, Florida: R.E. Krieger.
- Anderson, R.T. y Anderson, G. (1962) "Voluntary associations among Ukrainians in France", *Anthropological Quarterly*, 35 (4): 158-68.
- Arlacchi, P. (1983) *Mafia, Peasants, and Great Estates: Society in Traditional Calabria*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.
- Auza, N. (1990) "La iglesia argentina y la evangelización de la inmigración", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 5 (14): 105-37.
- Baily, S.L. (1999) *Immigrants in the Lands of Promise: Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*. Ithaca: Cornell University Press.
- Baker, A.R.H. (1999) *Fraternity Among the French Peasantry: Sociability and Voluntary Associations in the Loire Valley, 1815-1914*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.
- Banfield, E.C. (1958) *The Moral Basis of a Backward Society*. Glencoe, Ill: Free Press.
- Barton, J.J. (1975) *Peasants and Strangers: Italians, Rumanians and Slovaks in an American City, 1890-1950*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Batrouney, A. y Batrouney, T. (1985) *The Lebanese in Australia*. Melbourne: AE Press.
- Bechelloni, A., Dreyfus, M. y Milza, P. (1995) *L'Intégration Italienne en France: un siècle de présence italienne dans trois régions françaises, 1880-1980*. Brussels: Editions Complexe.
- Beito, D.T. (2000) *From Mutual Aid to the Welfare State: Fraternal Societies and Social Services, 1890-1967*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Besley, T., Coate, S. y Loury, G. (1993) "The economics of rotating savings and credit associations", *American Economic Review*, 83 (4): 792-811.
- Blancpain, J.P. (1974) *Les Allemands au Chili (1816-1945)*. Cologne: Böhlau.
- Bodnar, J.E. (1977) *Immigration and Industrialization: Ethnicity in an American Mill Town, 1870-1940*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Boncompagni, A. (2001) *The World Is Just Like a Village: Globalization and Transnationalism of Italian Migrants From Tuscany in Western Australia*. Fucecchio: European Press Academic Publishers.
- Boumedouha, S. (1990) "Adjustment to West African realities: the Lebanese in Senegal", *Africa*, 60 (4): 538-49.
- Breton, R. (1964) "Institutional completeness of ethnic communities and the personal relations of immigrants", *American Journal of Sociology*, 70 (2): 193-205.
- Breton, R. (1991) "The political dimension of ethnic community organization", en Ostow, R., Fijalkowski, J., Bodemann, Y.M. y Merkens, H. (eds.) *Ethnicity, Structured Inequality and the State in Canada and the Federal Republic of Germany*. Frankfurt: Peter Lang, 157-65.
- Briggs, J.W. (1978) *An Italian Passage: Immigrants to Three American Cities, 1890-1930*. New Haven: Yale University Press.
- Brown, J.A. (1975) *Voluntary Associations Among Ethnic Minority Groups in Detroit, Michigan: A Comparative Study*. Berkeley: University of California, tesis doctoral.
- Burnley, I.H. (1970) "The Greeks' and 'The Poles'", en Thompson, K.W. y Trlin, A.D. (eds.) *Immigrants in New Zealand*. Palmerston North, New Zealand: Massey University, 100-24 y 125-51.
- Cazorla, L. (1995) *La Inmigración Siria y Libanesa en la Provincia de Buenos Aires a Través de sus Instituciones Étnicas*. Buenos Aires: Fundación Los Cedros.
- Chotigeat, T., Balsmeier, P.W. y Stanley, T.O. (1991) "Fueling Asian immigrants' entrepreneurship: a source of capital", *Journal of Small Business Management*, 29 (3): 50-62.
- Clarke, B.P. (1993) *Piety and Nationalism: Lay Voluntary Associations and the Creation of an Irish-Catholic Community in Toronto, 1850-1895*. Montreal: McGill Queen's University Press.
- Clawson, M.A. (1989) *Constructing Brotherhood: Class, Gender, and Fraternalism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- Clogg, R. (1999) *The Greek Diaspora in the Twentieth Century*. New York: St Martin's Press.
- Cohen, L. (1990) *Making A New Deal: Industrial Workers in Chicago, 1919-1939*. New York: Cambridge University Press.
- Corredera Rossi, K. (1989) *Inmigración Italiana en el Uruguay, 1860-1920*. Montevideo: Proyección.
- Crowley, J.E. y Skocpol, T. (2001) "The rush to organize: explaining associational formation in the United States, 1860s-1920s", *American Journal of Political Science*, 45 (4): 813-30.
- Cruz, R. (1997) "Los estudios sobre anticlericalismo en España al final del milenio", en Cruz, R. (ed.) *El Anticlericalismo*. Madrid: Marcial Pons, 219-29.
- Curtis, J.E., Baer, D.E. y Grabb, E.G. (2001) "Nations of joiners: explaining voluntary association membership in democratic societies", *American Sociological Review*, 66 (6): 783-805.
- De Boni, L.A. (1987) *A Presença Italiana no Brasil*. Porto Alegre, Brasil: Escola Superior de Teologia.
- de Bruijne, G.A. (1979) "The Lebanese in Surinam", *Boletín De Estudios Latinoamericanos y Del Caribe*, 26 :15-37.
- DeMarco, W.M. (1981) *Ethnics and Enclaves: Boston's Italian North End*. Ann Arbor: UMI Research Press.
- De Tocqueville, A. (1954) *Democracy in America*. New York: Vintage.
- Devoto, F. (1990) "Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 5 (14): 183-210.
- Diner, H.R. (1983) *Erin's Daughters in America: Irish Immigrant Women in the Nineteenth Century*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Dobkowski, M.N. (1986) *Jewish American Voluntary Organizations*. Westport: Greenwood Press.
- Dolan, J.P. (1975) *The Immigrant Church: New York's Irish and German Catholics, 1815-1865*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Douglass, W.A. y Bilbao, J. (1975) *Amerikanuak: Basques in the New World*. Reno: University of Nevada Press.
- Douramakou-Petroleka, L. (1985) "The elusive community: Greek settlement in Toronto, 1900-1939", en Harney, R. (ed.) *Gathering Place: Peoples and Neighbourhoods of Toronto, 1834-1945*. Toronto: Multicultural History Society of Ontario, 257-302.
- Erickson, C. (1972) *Invisible Immigrants: The Adaptation of English and Scottish Immigrants in Nineteenth-Century America*. Coral Gables, FL: University of Miami Press.
- Ernst, R. (1949) *Immigrant Life in New York City, 1825-1863*. New York: King's Crown Press.
- Fausto, B. (1995) *Imigração e Política em São Paulo*. São Paulo: IDESP.
- Foner, N. (2000) *From Ellis Island to JFK: New York's Two Great Waves of Immigration*. New Haven: Yale University Press.
- Fraser, L. (2002) "To Tara via Holyhead: the emergence of Irish Catholic ethnicity in nineteenth-century Christchurch, New Zealand", *Journal of Social History*, 36 (2): 431-60.
- Freyre, G. (1948) *Ingleses no Brazil: Aspectos da influência britânica sobre a vida, a paisagem e a cultura do Brazil*. Rio de Janeiro: José Olimpo.
- Fukuoka, F. (1937) *Mutual Life and Aid Among the Japanese in Southern California with Special Reference to Los Angeles*. Los Angeles: University of Southern California, tesis de maestría.
- Funchion, M.F. (1983) *Irish American Voluntary Organizations*. Westport: Greenwood Press.
- Gabaccia, D.R. (1988) *Militants and Migrants: Rural Sicilians Become American Workers*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Galush, W.J. (1977) "Faith and fatherland: dimensions of Polish-American ethno-religion, 1875-1975", en Miller, R.M. y Marzik, T.D. (eds.) *Immigrants and Religion in Urban America*. Philadelphia: Temple University Press, 84-102.
- Gamm, G. y Putnam, R.D. (1999) "The growth of voluntary associations in America, 1840-1940", *Journal of Interdisciplinary History*, 29 (4): 511-57.
- Gardolinski, E. (1977) *Escolas da Colonização Polonesa no Rio Grande do Sul*. Caxias do Sul: Universidade de Caxias do Sul.
- Gosden, P.H. (1974) *Self-Help: Voluntary Associations in 19th Century Britain*. New York: Barnes & Noble.
- Graham-Yooll, A. (1981) *The Forgotten Colony: A History of the English Speaking Communities in Argentina*. Londres: Hutchinson.

- Grams, G. (2001) *German Emigration to Canada and the Support of Its Deutschtum During the Weimar Republic: The Role of the Deutsches Ausland-Institut, Verein Für Das Deutschtum Im Ausland and German-Canadian Organisations*. Frankfurt: P. Lang.
- Green, D.G. y Cromwell, L.G. (1984) *Mutual Aid or Welfare State: Australia's Friendly Societies*. Sydney y Boston: Allen & Unwin.
- Greene, V.R. (1975) *For God and Country: The Rise of Polish and Lithuanian Ethnic Consciousness in America, 1860-1910*. Madison: State Historical Society of Wisconsin.
- Griswold del Castillo, R. (1979) *The Los Angeles Barrio, 1850-1890: A Social History*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Hardin, G. (1968) "The tragedy of the commons", *Science*, 162: 1243-8.
- Harney, R.F. (1984) *Dalla Frontiera alle Little Italies: Gli italiani in Canada, 1800-1945*. Rome: Bonacci.
- Harriman, B. (1984) *The British in Peru*. Lima: Editora Gráfica Pacífico Press.
- Harris, M. (1998) "A special case of voluntary associations? Towards a theory of congregational organization", *British Journal of Sociology*, 49 (4): 602-18.
- Hausknecht, M. (1962) *The Joiners: A Sociological Description of Voluntary Association Membership in the United States*. New York: Bedminster Press.
- Heilbroner, O. (2000) "From ghetto to ghetto: the place of German Catholic society in recent historiography", *The Journal of Modern History*, 72 (2): 453-96.
- Hofmeister, R. (1976) *The Germans of Chicago*. Chicago: Stipes Publishing Co.
- Hong, S. (2001) "Associations in village society in Jiangxi in the Ming-Quing period: the case of Liukeng village, Le'an county", *Chinese Studies in History*, 35 (Fall):31-61.
- Hopkins, E. (1995) *Working-Class Self-Help in Nineteenth-Century England: Responses to Industrialization*. New York: St Martin's Press.
- Howard, P.A. (1998) *Changing History: Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Itzigsohn, J. y Saucedo, S.G. (2002) "Immigrant incorporation and sociocultural transnationalism", *International Migration Review*, 36 (3): 766-99.
- Johnson, G.E. (1971) *Natives, Migrants and Voluntary Associations in a Colonial Chinese Setting*. Ithaca: Cornell University, tesis doctoral.
- Kaluski, M. (1985) *The Poles in Australia*. Melbourne: AE Press.
- Kantowicz, E.R. (1975) *Polish-American Politics in Chicago, 1888-1940*. Chicago: University of Chicago Press.
- Keen, S. (1999) "Associations in Australian history: their contribution to social capital", *Journal of Interdisciplinary History*, 29 (4): 639-59.
- Kenny, M. (1961) "Twentieth-century Spanish expatriates in Cuba: a subculture?", *Anthropological Quarterly*, 34: 85-93.
- Kenny, M. (1962) "Twentieth-century Spanish expatriates in Mexico: an urban subculture", *Anthropological Quarterly*, 35: 169-80.
- Kliger, H. (1992) *Jewish Hometown Associations and Family Circles in New York: The WPA Yiddish Writers' Group Study*. Bloomington: Indiana University Press.
- Kloppenborg, J.S. y Wilson, S.G. (1996) *Voluntary Associations in the Graeco-Roman World*. Londres y New York: Routledge.
- Kramer, J.Y. (1975) *Self Help in Soweto: Mutual Aid Societies in a South African City*. Bergen: University of Bergen: Department of Social Anthropology.
- Kruse, H.C. (1994) *Los Orígenes del Mutualismo Uruguayo*. Montevideo: Ediciones Populares para América Latina.
- Kuo, C. (1977) *Social and Political Change in New York's Chinatown: The Role of Voluntary Associations*. New York: Praeger.
- Kuzniewski, A.J. (1980) *Faith and Fatherland: The Polish Church War in Wisconsin, 1896-1918*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Kwon, H.Y., Kim, K.C. y Warner, R.S. (2001) *Korean Americans and Their Religions: Pilgrims and Missionaries From a Different Shore*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.
- Laguerre, M.S. (1984) *American Odyssey: Haitians in New York City*. Ithaca: Cornell University Press.
- Lane, J.H. (1976) *Voluntary Associations Among Mexican Americans in San Antonio, Texas: Organizational and Leadership Characteristics*. New York: Arno Press.
- Light, I.H. y Gold, S.J. (2000) *Ethnic Economies*. San Diego: Academic Press.

- Liu, H. (1998) "Old linkages, new networks: the globalization of overseas Chinese voluntary associations and its implications", *The China Quarterly*, 155: 582-609.
- Lone, S. (2001) *The Japanese Community in Brazil, 1908-1940: Between Samurai and Carnival*. Londres: Palgrave.
- Lowenstein, S.M. (1989) *Frankfurt on the Hudson: The German-Jewish Community of Washington Heights, 1933-1983, its Structure and Culture*. Detroit: Wayne State University Press.
- Luebke, F.C. (1987) *Germans in Brazil: A Comparative History of Cultural Con?ict During World War I*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Lukasz, D. (1981) "Las asociaciones polacas en Misiones [Argentina], 1898-1938", *Estudios Latinoamericanos [Varsovia]*, 8: 169-88.
- Lyman, S.M. (1974) "Forerunners of overseas Chinese community organization", en Lyman, S.M. (ed.) *Chinese Americans*. New York: Random House, 8-28.
- Maeyama, T. (1979) "Ethnicity, secret societies, and associations: the Japanese in Brazil", *Comparative Studies in Society and History*, 21 (4): 589-610.
- Mak, L.-F. (1986) *The Locality and Non-Locality Organizing Principles: A Technical Report on the Taxonomy of Chinese Voluntary Associations in the 19th Century Straits Settlements*. Singapur: National University of Singapore, Department of Sociology.
- Mak, L.-F. (1989) *Singapore Chinese Traditional Voluntary Associations: Convergence Vs. Divergence*. Singapur: National University of Singapur, Department of Sociology.
- Marks, D.K. (1996) *Women and Grass Roots Democracy in the Americas: Sustaining the Initiative*. Coral Gables: North-South Center Press.
- Marks, P. (2000) "China's Cambodia strategy", *Parameters*, 30 (3): 92-106.
- McCay, B.J. y Acheson, J.M. (1987) *The Question of the Commons: The Culture and Ecology of Communal Resources*. Tucson: University of Arizona Press.
- Merwick, D. (1973) *Boston Priests, 1848-1910: A Study of Social and Intellectual Change*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Metress, S.P. (1995) *The American Irish and Irish Nationalism: A Sociohistorical Introduction*. Lanham: Scarecrow Press.
- Mirelman, V.A. (1988) *En Búsqueda de una Identidad: Los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930*. Buenos Aires: Milá.
- Morabito, L. (1999) *Il Mutuo Soccorso: Lavoro e associazionismo in Liguria, 1850-1925*. Genova: Istituto Mazziniano.
- Morimoto, A. (1999) *Los Japoneses y sus Descendientes en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Mormino, G.R. y Pozzetta, G.E. (1987) *The Immigrant World of Ybor City: Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*. Urbana: University of Illinois Press.
- Morrill, W.T. (1963) "Immigrants and associations: the Ibo in twentieth-century Calabar", *Comparative Studies in Society and History*, 5 (3): 424-48.
- Moya, J.C. (1998) *Cousins and Strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Müller, T.L. (1994) *Simpósio da Imigração e Colonização Alemã no Rio Grande do Sul*. São Leopoldo, Brasil: Editora Unisinos.
- Munck, R. (1998) "Mutual benefit societies in Argentina: workers, nationality, social security and trade unionism", *Journal of Latin American Studies*, 30 (3): 573-90.
- Nadel, S. (1990) *Little Germany: Ethnicity, Religion, and Class in New York City, 1845-80*. Urbana: University of Illinois Press.
- Naff, A. (1985) *Becoming American: The Early Arab Immigrant Experience*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Nelli, H.S. (1970) *Italians in Chicago, 1880-1930: A Study in Ethnic Mobility*. New York: Oxford University Press.
- Newton, R.C. (1977) *German Buenos Aires, 1900-1933: Social Change and Cultural Crisis*. Austin: University of Texas Press.
- Ngok, M. (2001) "The decline of the Democratic Party in Hong Kong: the second legislative election in the HKSAR", *Asian Survey*, 41 (4): 564-82.
- Nishida, M. (1998) 'From ethnicity to race and gender: transformations of black lay sodalities in Salvador, Brazil', *Journal of Social History*, 32 (2): 329-46.
- Ny'ri, P. (2001) "Expatriating is patriotic? The discourse on 'new migrants' in the People's Republic of China and identity construction among recent migrants from the PRC", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 27 (4): 635-54.
- Orozco, M. (2002) "Globalization and migration: the impact of family remittances in Latin America", *Latin American Politics and Society*, 44 (2): 41-69.

- Osaghae, E. (1998) "Hometown associations as shadow states: the case of Igbos and Yorubas in Kano", en Honey, R. y Okafor, S.I. (eds.) *Hometown Associations: Indigenous Knowledge and Development in Nigeria*. Londres: Intermediate Technology Publications, 111-21.
- Ownby, D. y Heidhues, M.S. (eds.) (1993) *Secret Societies Reconsidered: Perspectives on the Social History of Modern South China and Southeast Asia*. Armonk, New York: M.E. Sharpe.
- Owusu, T.Y. (2000) "The role of Ghanaian immigrant associations in Toronto, Canada", *International Migration Review*, 34 (4): 1155-82.
- Pacyga, D.A. (1991) *Polish Immigrants and Industrial Chicago: Workers on the South Side, 1880-1922*. Columbus: Ohio State University Press.
- Páez Oropeza, C.M. (1984) *Los Libaneses en México: Asimilación de un grupo étnico*. México DF: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Paquette, M.G. (1982) *Basques to Bakersfield*. Bakersfield, Ca: Kern County Historical Society.
- Parot, J.J. (1981) *Polish Catholics in Chicago, 1850-1920: A Religious History*. DeKalb, Ill: Northern Illinois University Press.
- Pescatello, A.M. (1970) Both Ends of the Journey: An Historical Study of Migration and Change in Brazil and Portugal, 1889-1914. Los Angeles: University of California, tesis doctoral.
- Pitaud, H. (1955) *Les Français au Paraguay*. Bordeaux: Editions Bière.
- Plá, J. (1976) *The British in Paraguay, 1850-1870*. Richmond: Richmond Publishing Co.
- Popkin, E. (1995) *Guatemalan Hometown Associations in Los Angeles*. Los Angeles: University of Southern California, Center for Multiethnic and Transnational Studies.
- Porter, B. (2001) "The Catholic nation: religion, identity, and the narratives of Polish history", *Slavic and East European Journal*, 45 (2): 289-300.
- Price, P.H. (1951) The Polish Immigrant in Brazil: A Study of Immigration, Assimilation and Acculturation. Nashville: Vanderbilt University, tesis doctoral.
- Putnam, R.D. (2000) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster.
- Radecki, H. (1979) *Ethnic Organizational Dynamics: The Polish Group in Toronto*. Waterloo: Wilfrid Laurier University Press.
- Roberts, L.J. (2000) *The Lebanese Immigrants in Ecuador: A History of Emerging Leadership*. Boulder, Co: Westview Press.
- Romero, R.C. (2003) The Dragon in Big Lusong: Chinese Immigration and Settlement in Mexico, 1882-1940. Los Angeles: University of California, tesis doctoral.
- Rosoli, G. (1982) "Chiesa ed emigrati italiani in Brasile, 1880-1940", *Studi Emigrazione*, 19: 225-51.
- Rosoli, G. (1991) "Religione e immigrazione negli USA: riflessioni sulla storiografia", *Studi Emigrazione*, 28: 291-303.
- Ross, J.C. (1976) *An Assembly of Good Fellows: Voluntary Associations in History*. Westport: Greenwood Press.
- Ross, R.J. (1998) *The Failure of Bismarck's Kulturkampf: Catholicism and State Power in Imperial Germany, 1871-1887*. Washington, DC: Catholic University of America Press.
- Rueda, G. (1993) *La Emigración Contemporánea de Españoles a Estados Unidos, 1820-1950*. Madrid: Mapfre.
- Santamaria, D. (1990) "Estado, iglesia e inmigración en la Argentina moderna", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 5 (14): 139-81.
- Schiavo, G.E. (1928) *The Italians in Chicago: A Study in Americanization*. Chicago: Italian American Publishing Co.
- Seluja-Cecín, A. (1989) *Los Libaneses en el Uruguay*. Montevideo: A.D. Seluja Cecín.
- Silberstein, C. (1991) Gringos at the Gate of the Pampas: Italians in Rosario, 1870-1914. Calgary: University of Calgary, unpublished MA dissertation.
- Skocpol, T. (1997) "The Tocqueville problem: civic engagement in American democracy", *Social Science History*, 21 (4): 455-81.
- Smith, C.E. y Freedman, A.E. (1972) *Voluntary Associations: Perspectives on the Literature*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Smith, D.H. (1997) "Grassroots associations are important: some theory and a review of the impact literature", *Nonprofit & Voluntary Sector Quarterly*, 26 (3): 269-306.
- Soyer, D. (1997) *Jewish Immigrant Associations and American Identity in New York, 1880-1939*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Stuer, A.P. (1982) *The French in Australia*. Canberra: Australian National University Press.

- Sturino, F. (1990) *Forging the Chain: A Case Study of Italian Migration to North America, 1880-1930*. Toronto: Multicultural History Society of Ontario.
- Szuchman, M. (1980) *Mobility and Integration in Urban Argentina: Cordoba in the Liberal Era*. Austin: University of Texas Press.
- Tan, A.S. (1972) *The Chinese in the Philippines, 1898-1935: A Study of Their National Awakening*. Quezon City: R.P. Garcia Publishing.
- Tenenbaum, S. (1993) *A Credit to Their Community: Jewish Loan Societies in the United States, 1880-1945*. Detroit: Wayne State University Press.
- Thompson, R.H. (1989) *Toronto's Chinatown: The Changing Social Organization of an Ethnic Community*. New York: AMS Press.
- Tomasi, S.M. (1975) *Piety and Power: The Role of the Italian Parishes in the New York Metropolitan Area, 1880-1930*. Staten Island: Center for Migration Studies.
- Tostensen, A., Tvedten, I. y Vaa, M. (2001) *Associational Life in African Cities: Popular Responses to the Urban Crisis*. Uppsala: Nordiska Afrikainstitutet.
- Treudley, M.B. (1949) "Formal organization and the americanization process, with special reference to the Greeks of Boston", *American Sociological Review*, 14: 44-53.
- Tricarico, D. (1984) *The Italians of Greenwich Village: The Social Structure and Transformation of an Ethnic Community*. Staten Island: Center for Migration Studies.
- Truzzi, O. (1997) *Patricios Sírios e Libaneses em São Paulo*. São Paulo: Editora Hucitec.
- Turner, P.R. (1994) *Community and Culture: The Growth of Voluntary Associations in Roanne, 1860-1914*. Ann Arbor: University of Michigan, tesis doctoral.
- van der Linden, M. (1996) *Social Security Mutualism: The Comparative History of Mutual Benevolent Societies*. Berna y New York: Peter Lang.
- Van Ginkel, R. (1996) "Cooperating competitors: Texel fishermen and their organizations (c.1870-1930)", *Anthropological Quarterly*, 69 (2): 51-65.
- Wakeman, F. Jr. (1972) "The secret societies of Kwangtung, 1800-1856", en Chesneaux, J. (ed.) *Popular Movements and Secret Societies in China, 1840-1950*. Stanford: Stanford University Press, 29-47.
- Wallerstein, I.M. (1964) *Voluntary Associations*. New York: Columbia University, Institute of African Studies.
- Weintrob, L.R. (1996) *From Fraternity to Solidarity: Mutual Aid, Popular Sociability, and Social Reform in France, 1880-1914*. Los Angeles: University of California, tesis doctoral.
- Weisser, M.R. (1985) *A Brotherhood of Memory: Jewish Landsmanshaftn in the New World*. New York: Basic Books.
- White, J.M. (1980) *Religion and Community: Cincinnati Germans, 1814-1870*. Notre Dame: University of Notre Dame, tesis doctoral.
- Wilmott, W.E. (1964) "Chinese clan associations in Vancouver", *Man*, 64: 33-7.
- Winder, R.B. (1967) "The Lebanese in West Africa", en Fallers, L.A. (ed.) *Immigrants and Associations*. The Hague: Mouton, 103-53.
- Wong, P., Applewhite, S. y Daley, J.M. (1990) "From despotism to pluralism: the evolution of voluntary organizations in Chinese American communities", *Ethnic Groups*, 8 (4): 215-34.
- Yans-McLaughlin, V. (1977) *Family and Community: Italian Immigrants in Buffalo, 1880-1930*. Ithaca: Cornell University Press.
- Yaworsky Sokolsky, Z. (1985) "The beginnings of Ukrainian settlement in Toronto, 1891-1939", en Harney, R.F. (ed.) *Gathering Places: Peoples and Neighbourhoods of Toronto, 1834-1945*. Toronto: Multicultural History Society of Ontario, 279-302.
- Yehm, C.-R. (1989) *A Chinese-American Community: The Politicization of Social Organizations*. Ann Arbor: Michigan State University, tesis doctoral.
- Zenner, W.P. (1967) "Sephardic communal organizations in Israel", *The Middle East Journal*, 21 (2): 173-86.
- Znaniecki Lopata, H. (1967) "The function of voluntary associations in an ethnic community: Polonia", en Burgess, E.W. y Bogue, D.J. (eds.) *Urban Sociology*. Chicago: Chicago University Press, 117-37.
- Zucchi, J.E. (1988) *Italians in Toronto: Development of a National Identity, 1875-1935*. Kingston: McGill Queen's University Press.